

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 257

Diálogos entre Filopatro y Aceraio

DIÁLOGO PRIMERO

ENTRE

Filopatro y Aceraio

Fil.— ¿Qué novedad es esta, querido Aceraio? ¿Tan temprano fuera de casa?... ¡Mas qué miro! ¿Tú lloras? ¿Dime qué ha sucedido?

Acer.— ¿Qué ha de ser? Que el cielo se ha cansado de que seamos los americanos los hombres más felices de todo el orbe.

Fil.— ¿Cómo? explícate: no me confundas.

Acer.— En Tierradentro... en san Miguel, el pueblo de Dolores, ... Mas, lee, amigo, esa carta que acabo de recibir de Querétaro, y te enterarás de las funestas noticias, que son causa de mi aflicción.

Fil.— ... ¡Santo Dios! ¿Pero será esto cierto?

Acer.— Se ha comunicado de oficio al gobierno: México está lleno de iguales cartas auténticas; se han tomado ya providencias sabias y ejecutivas, y van a salir tropas en esta mañana.

Fil.— ¡Mal grande, amado Aceraio! es preciso que lo confiese. Pero, tranquilízate. Pluguiera al cielo que jamás un español americano no hubiera cometido tales bastardías; esto es lo más sensible. Por lo demás, no temas consecuencias mayores. Es una chispa infernal: cierto. Mas el fuego no se extenderá; yo te lo aseguro; se apagará en su origen.

Acer.— Así lo espero del Dios benigno, que adoramos, y de la Madre Santísima, que tan tiernamente nos ama y protege.

Fil.— Ese debe ser el principal apoyo de nuestra confianza en toda tribulación pública y privada. Pero mucho más en la presente. ¡Ah! ¡Madre mía de GUADALUPE, tú que eres la madre de la paz, y la protectora de la tranquilidad que hemos gozado en estos tiempos, tan turbulentos para otras partes del mundo; tú que en trescientos años has derramado en esta Nueva España las dulzuras y las delicias del sosiego público, de la obediencia más sencilla, de la fidelidad más generosa; tú te ves ahora insultada, profanada en tu imagen, que esos hombres perversos han colocado en las banderas de la rebelión, del libertinaje y de la atrocidad!

Acer.— ¡Qué desvergüenza! ¡Qué sacrilegio! Invocar el nombre santo de Nuestra Señora de Guadalupe para atropellar la justicia, para quitar los bienes ajenos, para maltratar al prójimo, arrastrando de sus casas, de sus talleres, de sus labores a los hombres honrados, fieles y sencillos.

Fil.— El mal hecho hasta hoy ya no tiene remedio. Pero discurramos, mi querido Aceraio, sobre las circunstancias de esta infame revolución; para sacar en limpio qué debemos temer de ella.

Acer.— Yo temo muchos y grandes males.

Fil.— Yo no, amigo mío, sea que atendamos a los jefes o cabezas de este alboroto, o a la calidad de los partidarios, que puedan haberseles unido, o a los auxilios y pertrechos con que puedan contar.

Acer.— Sin embargo de que salí de casa en ayunas, celebraré oírte discurrir en esta materia.

Fil.— Sí: escúchame sobre los puntos propuestos. Nos harán chocolate entre tanto; lo tomaremos después; y continuaremos hablando de los motivos que hayan podido obligar a esos desventurados a emprender una aventura tan quijotesca como criminal, del objeto de

ella, y de la conducta, que observan en su ejecución.

Acer.— Que me place: comienza pues, *Los jefes etcétera...*

Fil.— Un tal Allende, joven atolondrado, desconocido por algunas prendas y cualidades brillantes, que pudieran deslumbrar a los menos cautos: ¿Qué empleos ha obtenido en la República? ¿Qué comisiones de importancia? ¿Qué mandos? ¿Dónde y cuándo nos ha dado pruebas o muestras de sus talentos militares, o de sus virtudes políticas?

Acer.— Yo a la verdad es la vez primera que oigo su nombre.

Fil.— ¿Y crees tú, que pueda haber hombre de seso que piense asociarse a un tal cabecilla? El crédito o fama anticipada de un gran soldado, de un excelente político, de un poderoso en riquezas, de un bienhechor público, es capaz de atraer en semejantes casos aun a los hombres más egoístas. ¿Pero qué atractivo, qué influjo puede tener en los ánimos sensatos un hombre sin talento sobresaliente, sin conocimientos averiguados, pobre de más a más, y que no se sabe por otro hecho anterior hasta qué grado llegan su valor y su espíritu público?

Acer.— Así es; mas el populacho no discurre con tanta finura y acierto, y para la gente del campo dos charreteras en los hombros equivalen a un bordado de general.

Fil.— No digas eso, querido. No es tan ignorante nuestro vulgo. Bien podrá ser eso en las rancherías de Tierradentro; pero no en los pueblos, en las ciudades grandes, ni mucho menos en México.

Acer.— Convengo: yo hablaba solamente de la gente ruda del campo que se le ha unido, y a su ejemplo pudieran ir haciendo otros lo mismo, y a poco tiempo nos veríamos con un ejército terrible como una langosta.

Fil.— Vaya, vaya: eres demasiado medroso, y ese miedo no te deja discurrir. Te

parece a ti que nadie es tan necio que se resuelva a dejar su casa, su mujer, sus hijos, su oficio, o su modo de vivir tranquilo y pacífico por irse tras de un calavera aturdido, un don Quijote de la Mancha, sólo porque grita: VIVA FERNANDO, VIVA LA VIRGEN. ¿Y a qué? a matarse sin más, ni más. ¿Y con qué confianza pueden entregarse al mando de un hombre que en la primera ocasión apurada los deje perdidos, o por falta de valor o de providencias? ¿Habría alguno tan necio que sin tener experiencia de las calidades de ese general de comedia se exponga a que huyendo forzado de su impericia, o a impulso de los remordimientos de su conciencia criminal, desampare a los infelices que engañó, y los abandone a ser víctimas de la justicia, y el oprobio de sus buenos compatriotas? Es quimera pensarlo.

Acer.— Vamos al otro jefe. El doctor Hidalgo.

Fil.— ¡Qué doctor ni qué calabaza!... No ha criado la Universidad de México monstruos de esa clase.

Acer.— Así le llaman. En fin un hombre de sesenta años, criado siempre en el ocio y el regalo...

Fil.— Déjate de pinturas: no descubras lo que para el caso es lo menos. Fijémonos únicamente en que es un sacerdote y un párroco ¡Dios inmortal! ¿Un ministro del santuario, cuyo oficio era ofrecer la ostia inmaculada y pacífica, se ve hoy a la cabeza de una tropa sanguinaria? ¿El que tantas veces tuvo en sus manos el cáliz de la sangre preciosa, que pacificó al mundo y reconcilió a los hombres con su Dios, hoy derrama por esos campos y pueblos la sangre de sus feligreses y hermanos? ¿El que anunció tantas veces con el cuerpo de Jesucristo entre los dedos la paz perpetua a los hombres: *Pax domini sit semper vobiscum*, hoy se atreve a introducir la división, la discordia y la anarquía entre nosotros?

Acer.— Cosa horrible e inaudita aun entre los mismos bárbaros franceses, pues su

malvado Taylerand ha hecho mucho mal con sus consejos y su pluma; pero no con su espada.

Fil.— Sí, horrible cosa; mas por lo mismo la más impropia para seducir y alucinar a los americanos religiosos y píos. Porque un clérigo es parlanchín, un sacerdote cargado de armas, un cura capitaneando bandoleros, saqueando las casas y haciendas, y matando hombres inocentes, es la cosa más abominable para los que profesan el cristianismo. Y los indios más sencillos, y los más pobres menestrales se escandalizan de tal monstruosidad, y huirán cien leguas de un pastor, que como los nagueles del gentilismo se ha convertido repentinamente en lobo carnicero e infernal.

Acer.— Tales son los jefes de ese ejército ¿Cuáles serán pues las tropas?

Fil.— Esa es otra. ¿Qué gente querías tú que juntasen unas cabecillas tan desconcertadas? ¿Una porción de engañados, otra de perdidos: y el resto? de miserables que se han valido de la ocasión para remediar, aunque por medios ilícitos y muy peligrosos, su indigencia.

Acer.— ¿Qué llamáis engañados?

Fil.— Muchos (hasta aquí hombres de bien) que gozaban en su hacienda, profesión y oficio lo suficiente para pasar la vida. Estos no podían haber caído en la tentación diabólica, sino por las sugerencias y sofisterías de esos dos hombres perversos.

Acer.— ¿Qué les habrán dicho?

Fil.— Eso queda para después. Los perdidos no necesitaban de muchos sofismas y engaños para seguir a los tumultuarios. Los viciosos y holgazanes están prontísimos para cualquiera maldad. Con alumbrarles solamente las ideas de libertinaje y robo, basta para que vuelen en pos del mismo Satanás. Esta clase abunda en todas partes; y no será la que lleve la retaguardia.

Acer.— ¿Pues quién irá a la retaguardia?

Fil.— El resto, que ya insinué, de indios y pobres jornaleros, que acaso por las escaseces del maíz en estos años fatales, habrá engruesado el ejército parroquial del cura Hidalgo. Mas estos infelices; y me atrevo a hacer una apuesta; conforme pillen algo se vuelven a sus jacales, sin tomar interés en los progresos y felicidad de las batallas, darán cuatro gritos, y en oyendo de la parte contraria un par de cañonazos, dirán, no es esto con nosotros: a casa. Y esto se entiende si los pícaros jefes no los hacen ir delante, para que los miserables sirvan de carnaza a las primeras descargas.

Acer.— Así lo harán esos picaros, y los pobres indios vendrán a ser los más sacrificados. Síganse los auxilios.

Fil.— ¿Auxilios? Los del cielo quisiera yo para verlos humillados. Pero contarán con los del diablo, enemigo eterno de la paz de los hombres.

Acer.— Contarán con el contagio de la seducción; y que a su ejemplo seguirán otros.

Fil.— Son unos inicuos. ¿Qué idea tan horrenda y tan vil han formado de sus paisanos? ¡Orgullosos! ¿Y por qué os habíamos de auxiliar en un proyecto descabellado, torpe, violento, injusto y sacrílego? ¿Cuál es la razón que os guía? ¿Cuál el interesante objeto, a que nos convidáis? ¿Cuáles los medios decorosos y seguros, por donde nos queréis conducir? Pero eso luego lo veremos.

Acer.— Sí, Filopatro, luego hablaremos de eso. Vamos a sus armas, municiones y víveres.

Fil.— ¿Sus armas? Pocas y mal acondicionadas: escopetas y trabucos, que si han sido suficientes para sorprender a Celaya, no son bastantes para resistir a los fusiles de un regimiento veterano. Lanzas y algunas flechas: buenas para ahuyentar mecos, pero no para

esperar el ímpetu de un escuadrón de dragones disciplinados; ni menos para hacer frente a los cañones de campaña. Pólvora: se les acabará presto. Víveres, mientras más se aumente un cuerpo recogido tumultuariamente, y gobernado por cabezas tan bisoñas, más escaseces sufrirá, y más fácilmente ha de confundirse y dispersarse.

Acer.— Eso es bien claro. Pero ya está ahí el chocolate.

Fil.— Pues desayunemos, amado Aceraio; y luego proseguiremos nuestra conversación.

SEGUNDO

Filopatro y Aceraio

Fil.— Ve aquí, amigo Aceraio, que en dos jícaras de chocolate hemos contribuido los regalones con alguna cosa para las necesidades de la Madre Patria.

Acer.— ¿Cómo así?

Fil.— En la particilla que nos toca en el nuevo impuesto del cacao: impuesto suave y sabio, pues insensible a los que tienen algunas comodidades, deja por otro lado exento a los comestibles de los pobres.

Acer.— Sí, contribuya el que quiera regalarse, y los pobres gocen de toda franquicia, que hartas penurias padecen en la carestía natural del trigo, maíz, frijol, etcétera.

Fil.— El abaratar estos alimentos de primera necesidad no está en el arbitrio de los hombres. Dios que tiene en sus manos las llaves de los cielos, es quien, según envía las aguas, los calores, y los hielos, abarata o encarece los frutos de la tierra.

Acer.— No nos olvidemos de la conversación pasada. Prosigue amigo, desde donde nos vino a interrumpir el chocolate.

Fil.— Síganse los motivos de esta extraña revolución de Tierradentro. ¿Cuáles te

parece a ti que podrán haber sido?

Acer.— Yo creo que el principal es esta rivalidad maldita, que hay entre *gachupines* y *criollos*.

Fil.— Ya te he dicho otra vez, querido Aceraio, que esos nombres me fastidian; no los vuelvas a usar.

Acer.— ¿Pues cómo he de decir? ¿Acaso son nombres ignominiosos?

Fil.— No lo son por cierto, porque se reducen a denotar si el español, habitante de la América, nació aquí o nació en Europa; pero no los uses por tu vida: uno y otro me parecen feos. Di, *español de acá*, *españoles de allá*; o di, *español europeo*, *español americano*. O si quieres puedes decir también *español nuevo* y *español antiguo*, porque también se llama en propio y decoroso estilo castellano viejo al que nació en Castilla la vieja, y castellano nuevo al que es natural de Castilla la nueva; pero *gachupín* y *criollo* destiérrese ya de nuestras bocas.

Acer.— Lo haré así: vamos al cuento.

Fil.— Dijiste que la rivalidad entre españoles acá y españoles de allá te parecía la principal causa de esta revolución; y a mi me parece lo mismo. Mas la tengo por la más ridícula e injusta. Ridícula: porque yo observo que todos viven enlazados en una misma sociedad por vínculos naturales y civiles los más sagrados y estrechos. El español de allá está casado con española de acá, tiene hijos que aman y respetan igualmente a su padre y a su madre, y que abrazarían tiernamente y besarían con reverentes lágrimas a sus abuelos, padres de su padre, que no han salido de la España antigua, si llegaran a conocerlos. Mas: viene de allá un hermano de su padre, y le llaman tío, y lo respetan: viene de allá un sobrino carnal de su padre; y los muchachos le quieren y juegan con él, como que es su primo. ¿Puede pues haber cosa más ridícula que la rivalidad entre personas tan íntimas?

Acer.— ¿Y si no son parientes de los de acá los que vienen de allá?

Fil.— Entonces debe suceder entre ellos lo que sucede entre los oaxaqueños y los queretanos, o entre los de Puebla y Zacatecas, o entre los habaneros y guatemaltecos cuando se juntan en México; que los que congenian se unen, y los que no, viven como ciudadanos; que los pícaros se juntan con los pícaros y los buenos con los que son como ellos. Pero mirarse como moros y cristianos, los que tienen una misma religión, un mismo rey, unas mismas leyes, y en lo sustancial unas mismas costumbres es cosa no sólo ridícula, sino injusta y criminal.

Acer.— Yo bien entiendo a cuánto obliga el precepto de la caridad, y amor del prójimo, que nos enseña el Evangelio; y también que un rey, una legislación, y unas costumbres son centro de unión, y armonía; pero la diversidad de genios...

Fil.— Lo primero, querido mío, que no es esa causa bastante para una división de voluntades. El gallego tiene un genio diverso del andaluz, y el castellano viejo en nada se parece al valenciano. Hay caracteres provinciales en España diferentes, y aún contrarios, y muchas veces sirven de pandorguearse entre sí los naturales de unas y otras provincias. Mas por eso no han llegado jamás a las manos, sino cuando han tenido reyes distintos. La corona de Aragón era enemiga en algún tiempo de la de Castilla; antes lo fue ésta de la de Navarra; y en nuestro tiempo hemos visto pelear entre sí los castellanos y portugueses. Pero bajo de un mismo cetro y monarca llevar unos pueblos la rivalidad hasta las armas, eso no se ha visto, o por todas las gentes se ha mirado como un crimen. ¡Cuánto más horroroso levantarse unos contra otros los ciudadanos y vecinos de una misma ciudad y provincia!

Acer.— Ya lo veo

Fil.— Pues hay más, y esto es notorio. Es cierto que en los primeros años todo choca al que pasa a vivir a una provincia distante de la en que nació. El valenciano en

Asturias echa menos sus pimientos, habla mal de los melones, acordándose de los suyos, maldice los fríos del invierno, y reniega porque no encuentra la frondosidad de su país. A este modo el de Cádiz no está contento en Burgos, ni el catalán se aviene con las costumbres de la Mancha. ¿Qué extraño es, pues, que los españoles europeos digan, murmuren de las cosas de acá y suspiren por las de su tierra en los primeros años? Mas al fin el agrado y atractivo de las mujeres, hijas o nietas de sus paisanos, la benignidad de las estaciones, las comodidades o riquezas no sólo les hacen olvidar las puerilidades, sino que se complacen de haber atravesado el océano.

Acer.— Muchos, los más, y los más sensatos y respetables. Pero hay algunos de tan mal natural que al cabo de mucho tiempo y de mucha fortuna, todavía reniegan de la América.

Fil.— Alguno habrá que tenga esa mala conducta, hija de la mala crianza, y más de falta de talento que de malignidad. Pero está muy raro. Y ten por cierto, que si lo oyeran explicarse así los españoles europeos juiciosos, y honrados ciudadanos, no sólo lo reprenderían agriamente, sino que lo mirarían como hijo espurio de la noble y generosa España.

Acer.— Yo convengo en que el vicio o defecto de uno u otro individuo jamás debe servir de regla y fundamento para caracterizar a una provincia o nación extranjera.

Fil.— ¿Pues no lo has visto claramente entre nosotros doscientas veces? A pesar de la grandeza, diversiones y paseos de México, de la hermosura de sus calles, de la magnitud y magnificencia de sus edificios y otros mil atractivos; los guadalajareños dicen, que es mejor Guadalajara, los de Guanajuato prefieren su ciudad, los de Querétaro la suya, y los poblanos jamás quieren confesar notorias ventajas de esta capital. ¿Qué más? Los veracruzanos contentos con su calor, apenas pueden sufrir dos meses de México. Y todos

hablan, dicen, y murmuran cuanto quieren siempre a favor de su país. ¿Y quieres tú hacer mucho caso de que un europeo suspire por el suyo, y diga que le gusta más que toda la América? ¿Y esos son motivos de división y de discordia? ¿Y esas bagatelas han de ser causa de que se rompan los nudos de la caridad?

Acer.— Bien esta todo eso; pero mira: yo no extraño que algunos de los de acá se quejen por ver a los europeos por lo común más prosperados en bienes de fortuna.

Fil. - Pues eso es envidia en castellano claro y cristiano.

Acer.— Pero es buen dolor, que...

Fil.— ¿Qué? No hay en esto mucho que dudar ni que discurrir: el europeo, que hace fortuna, es porque se ingenia, trabaja, y se maneja con honradez y economía. ¿Has visto u oído alguna vez que venga un vizcaíno, o un andaluz a echar de su hacienda de campo, o de su trapiche de azúcar al español americano? ¿Se ha metido alguna vez el gallego a labrar la mina que es de uno de acá, arrojándolo de la negociación? ¿El cajón o almacén, que hoy tiene el montañés, acaso se lo quitó al mexicano, botándolo fuera del mostrador?

Acer.— No; nunca ha sucedido, ni lo permitiría la justicia.

Fil. — ¿Pues cómo y por qué están muchas haciendas, minas y tiendas en poder de los españoles de allá?

Acer.— Es bien claro: porque las compraron.

Fil.— Así es: si el americano heredó esas posesiones, y negociaciones (y advierte que las heredó de cerca o de lejos, de los españoles europeos) y luego se cansa de cultivarlas y mantenerlas; y lo que quiere es venir a México a vivir como un señor, y vende sus bienes raíces, y consume luego su importe, como Dios sabe; y viene a dar o en la miseria o en la medianía, ¿qué culpa tienen los europeos? ¿Y de quién, sino de sí mismos deben quejarse los americanos?

Acer.— ¡Válgame Dios! ¡Y cuán diferente aspecto presentan las cosas si se miran a la luz de la razón y con imparcialidad! Ya no me queda duda en que la falta de ideas, de noticias de mundo y de reflexión hace a los hombres formar juicios inexactos, y mantenerlos en mil preocupaciones, que insensiblemente van influyendo en las disposiciones del corazón.

Fil.— ¿Habrá mayor sandez que incomodarse porque un europeo dice que los melocotones de acá no pueden compararse en los de Aragón, que las peras de Toro son mejores que las de San Ángel, y que las verdaderas de México no tienen la sustancia que las de Castilla? ¿Porque a éste no gusta la chirimoya, porque aquel haga asco del zapote negro, de la granadita y del pulque, por eso le hemos de calificar de nuestro enemigo? ¿Y no probar el atole, las tortillas, ni los tamales ha de ser luego señal de que no ama a los americanos?

Acer.— Me convences amigo, de manera, que no encuentro qué replicar; sino que los europeos se dan entre sí tanto la mano unos a otros, que...

Fil.— No prosigas. Esa es virtud, eso es laudable. ¿Y porqué nuestros paisanos no se ayudan y protegen igualmente? ¿Ves cómo esa rivalidad, o desafecto es injusto? Más añadiré: es un ingrato de mil maneras el que no ama a los europeos.

Acer.— ¿Tanto?

Fil.— Sí Señor. Y no quiero hablar ahora de si esta sangre, esta nobleza, este espíritu generoso, que nos anima, de ellos lo heredamos (y el que no descienda de españoles viejos con su pan se lo coma: yo hablo de los que por tales nos tenemos). Tampoco quiero fundar obligación de gratitud en el descubrimiento, conquista, población, ilustración, y estado brillante de la América y que todo es obra de los españoles.

Acer.— Pues esos fueron nuestros abuelos.

Fil.— Bueno; y por eso debemos amar a sus hermanos. Quiero fijarme en los actuales, y hablar de ellos personalmente. ¿Cuántos americanos surcan los mares del sur y del norte para traernos las preciosidades del Asia y de la Europa? ¿Cuántos están metidos de día y de noche detrás de un mostrador, surtiéndonos de cuanto necesitamos, y sufriendo las impertinencias de la vieja retrechera, de la joven taimada, del payo necio, y del pícaro tramposo? ¿Quién raya los sábados a los indios en las haciendas? ¿Quién fomenta las minas? ¿Quién establece y mantiene las pocas fábricas que tenemos? Responde Aceraio.

Acer.— A la verdad que en lo primero que dijiste apenas habrá entre mil europeos un americano; y en lo demás serán estos como diez a ciento. Pero y los empleos...

Fil.— Eso pide más larga conversación. Vamos a dar una vuelta por la ciudad; y otro día hablaremos.

TERCERO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— ¿Porqué, dime, querido Filopatro, te separaste de mí con tanta prisa después del paseo de esta mañana?

Fil.— Porque se nos pegó el necio Morós, y llevaba traza de no dejarnos en todo el día.

Acer.— Sin embargo; como le dijiste que tenías que hacer, y que a otra hora hablaríamos, recelo que no podamos librarnos esta noche de su compañía; y lo que siento más es, que nos impidiera continuar nuestra conversación interesante.

Fil.— En lo mismo pensaba yo. Mas si viniere, no te apures, sufriremos sus necesidades; y acaso con nuestras reflexiones se logrará hacerle entrar en razón.

Acer.— Dime por tu vida, ahora que nos hallamos solos. ¿Cómo estará el señor

virrey con estas novedades, con que sin comerlo ni beberlo, ha venido a encontrarse?

Fil.— Te aseguro, querido amigo, que es eso un puñal que tengo atravesado desde el momento en que leí la carta de Querétaro. Cuando nos lisonjeábamos de haber logrado después de dos años de malos ratos, y de continuas variaciones, un jefe de las más completas circunstancias, que venía a ocuparse todo de nuestra felicidad, bien ajeno de encontrar en la fidelísima, noble y generosa Nueva España el fuego de la discordia, ni el ruido de las armas destructoras, verle en precisión de volver a empuñar la espada, que tan gloriosamente desenvainó en Córdoba y Bailen; y de hacer planes y tomar providencias como si estuviese en Brubierca, o Tarancon, y de pensar en ataques, como si se viese todavía a la frente de los malvados franceses; te aseguro que el corazón se me comprime, y que quisiera sacrificarlo y comprar con él la tranquilidad de mi patria.

Acer.— Ahí viene ya Morós ¿No te lo dije?

Fil.— No importa; seguiremos la conversación pasada.

Mor.— Caballeros, muy pensativos están ustedes. ¿Qué? ¿Se trata de Tierradentro? Pues; y qué dirán ahora tus amigotes, Filopatro?

Fil.— ¿Mis amigotes? No entiendo.

Mor.— Bien me entiendes. Ahí tiene usted torna que todos somos españoles; vuelve que somos hermanos. Pero entre tanto las mejores tajadas se las soplan; y a nosotros apenas nos queda el caldo y las piltrafas. Miren ustedes pues las resultas.

Fil.— Siempre os tuve por necio, Morós; y yo debía evitar vuestra conversación. Mas ya que os entrasteis por esta casa; o habéis de salir de ella desengañado, o a lo menos confundido.

Acer.— Creo que Morós habla sin malicia.

Fil.— Basta que hable neciamente; así se sopla, y se fomenta un fuego, que debe

apagarse por todo hombre religioso y honrado. Las revoluciones comienzan por resentimientos, que deben moderarse. Si los hombres de algún carácter no procuran desengañar al pueblo, éste abriga cualquier especie lisonjera, corre tras la sombra de justicia o felicidad, que se le ha pintado; y luego se halla con que todo fue sueño; habiendo entre tanto sufrido por alcanzar aquella fantasma, males terribles, y días los más aciagos y calamitosos.

Mor.— Ahora sí que yo no os entiendo. ¿A qué viene todo eso?

Fil.— Esa es vuestra necedad. Habláis sin ton ni son; esparcís especies muy delicadas sin advertencia; y sin pararos a reflexionar en las consecuencias, sembráis lo mismo aquí, que en la calle, el grano de la discordia, que fermenta, crece y puede parar en un árbol, que os caiga sobre la cabeza.

Acer.— No te acalores, Filopatro. Di lo que te parece de los empleos, pues Morós ha tocado esta tecla.

Fil.— Pues digo en primer lugar, que si se habla de los primeros empleos del reino; es una injusticia, y una grosera falta de principios políticos, quejarse de que no se den a los naturales de un país. La recta administración de la justicia, que es el primer interés de los que viven en sociedad, exige que los virreinos, gobiernos de provincia, judicaturas y otros empleos semejantes, se confíen a personas, que no tengan relaciones ni conexiones en el distrito, en que ejercen aquellos oficios. Esto se ha observado en todos los grandes reinos y estados; y nunca ha sido justo ni racional motivo de queja. En España no se ha quejado jamás Galicia porque el capitán general no sea gallego, ni Valencia ni Navarra porque sus virreyes hayan sido extremeños o leoneses.

Mor.— Bien: pues sea presidente de Guadalajara un mexicano, y virrey de México un habanero.

Acer.— No está mal reflexionado.

Fil.— ¿Eso queréis? Pues primeramente me habéis de confesar, que eso no puede ser siempre; sino que habiendo en la vasta extensión de la monarquía de España tantas provincias, y en ellas tantos hombres de mérito, sólo puede aspirarse a que una u otra vez toque un empleo de esos a los naturales de las Américas.

Acer.— Lo demás sería ya ambición. Basta que de cuando en cuando participemos de la nata.

Mor.— Digo lo mismo. Pero que nunca, nunca hayamos comido de esas pulpas...

Fil.— Ve aquí, que habéis caído en el lazo, y que debéis daros por convencidos. Yo pudiera confundiros con un largo catálogo. Pero supuesto que os contentáis con tan poco, decidme, Morós: el virrey de México, marqués de Cadereita ¿De dónde era natural? ¿Donde nació el virrey, marqués de Casa Fuerte? ¿Cuál fue la patria del virrey, conde de Revillagigedo, a quien conocisteis, y cuyo elogio hará siempre en México la posteridad agradecida?

Mor.— No lo sé.

Fil.— Pues sabed que los tres fueron americanos: los dos primeros nacidos en el Perú, y el tercero en la Habana, y educado en México. Tampoco sabréis que el señor Vertiz, virrey de Buenos Aires, fue americano. Ni menos tendréis noticia de que el marqués de Valparaíso, americano, fue gobernador de Canarias, capitán general de Oran, virrey de Tremecén en África, consejero de estado y virrey de Navarra; que el marqués de Valdecañas, americano, fue capitán general de los ejércitos de España, y virrey de Valencia; que el Conde la Unión, americano, fue capitán general del ejército de España contra Francia, y virrey de Cataluña.

Mor.— Es que...

Fil.— Poco a poco, escuchad. El marqués de Mortara, don Rodrigo Orozco, americano, fue general en Flandes, Italia y Fuenterabia; El conde de Sandonas, americano, fue general en Flandes; don Fernando Dávila, americano, capitán general del Reino de Tierra Firme; el marqués de Concha, americano, capitán general del Reino de Chile; don Miguel Sanabria y don Álvaro Ibarra, americanos, capitanes generales interinos del Perú.

Mor.— Ya... Como uno no está obligado a leer las fes de bautismo... Como las gacetas no nos dicen de dónde son los empleados.

Acer.— No; esa no es disculpa. Confíese el señor Morós, que Filopatro ha cumplido más de lo que ofreció, y más de lo que podíamos desear.

Fil.— Y si no sabe Morós; si no está instruido en la historia de su patria ¿No es una necesidad meterse a charlar? Me han cogido ustedes desprevenido; no obstante aún les he de añadir mucho en la materia.

Acer.— Sí, por Dios: continua, amigo.

Fil.— Don Pedro Corvete, americano, fue capitán general de la Real Armada de España; en los últimos años del rey Carlos II el famoso Partidario, don José Vallejo, americano, fue gobernador de Gerona. El marqués de Villarrocha, americano, fue presidente de Panamá, y capitán general de Filipinas. El marqués del Surco, americano, fue ayo del infante don Felipe. El duque de San Carlos, americano, fue mayordomo mayor de nuestro idolatrado rey Fernando VII; y hoy le acompaña en su cautiverio ¿Queréis más?

Mor.— Vaya, veamos si se os agotan las noticias.

Fil.— Don José de los Ríos, americano, fue consejero de hacienda. Don Nicolás Manrique y don José Munive, consejeros de guerra. Don Miguel Núñez, consejero de órdenes. Don Domingo Orrantia, conde de Casa Valencia. Don Miguel Lardizábal, don Tadeo Galisteo, consejeros de Indias. Don Manuel de Lardizábal, consejero de Castilla.

¿Todavía?

Acer.— Prosigue hasta donde puedas, que me estoy deleitando en tus noticias.

Fil.— Pues id contando. *Oidores de México americanos*: don Antonio Morga, don Antonio Terreros, don Tristán Rivadeneira, don Agustín Franco, don Cristóbal Herrera, don Damián Parraga, don Juan Urquiola, don Juan Valdés, don Alonso Zurita, don Ambrosio Melgarejo y su hijo don Ambrosio Eugenio, don José Rodezno, don Antonio Rivadeneira, don Francisco Maldonado, don Tomás González Calderón, don Manuel Bodega, don José Villafañe, don Melchor de Foncerrada, don Manuel Urrutia, don Jacobo Villaurrutia; don Joaquín Mosquera, don Manuel Campo Rivas, y otros cuarenta. Y *honorarios*: los Velásquez de León, Fagoagas, Castañedas, Obregones, Rodríguez Velasco, y otros ciento.

Mor.— Yo estoy aturdido.

Fil.— *Americanos oidores de Guadalajara*: don Juan Cano, don Luis Hidalgo, don Diego Calderón, don Bartolomé de la Canal, don Manuel de la Garza, don Juan Munilla, don Antonio Villaurrutia, nada menos que regente, después de haber sido oidor de Charcas; y los *honorarios* Torres Torija, Clavijo y Flores Alatorre, bien conocidos de ustedes. De *Guatemala*: don Francisco Solís, don Pedro Barreda, don José López, don Gabriel Mejía, don Francisco Ávila, don Juan Dávila, y otros muchos, que no tengo ahora presentes. De *Manila*: don Juan Quesada, don Antonio Rodríguez, don García Carvajal, don Pedro Bolívar, don Juan Jáuregui, don Francisco Cotilla, don... qué se yo cuántos más...

Acer.— Jamás pudiera yo pensar en un número tan copioso de togados americanos.

Fil.— Pues advierte que don Francisco Solís, mexicano, fue capitán general de Guatemala; que don Diego Vargas, mexicano, fue capitán general de Comayagua; que don Pedro Fernández Madrid, americano, colegial de Santos, como otros muchos que he nombrado fue intendente de ejército en Cartagena y superintendente de la casa de moneda

de Santa Fe; que don Rodrigo Maldonado, don Andrés Savalza, y don Diego Veguellina, americanos, fueron oidores de Granada, Cartagena, y Charcas. De *inquisidores* no es fácil contar el número de americanos, que ha habido; ustedes han conocido y conocen varios; y yo me acuerdo ahora del señor Ovalle, que fue inquisidor decano de Toledo, y del señor Ordóñez, doctoral de Cuenca, inquisidor de la suprema. ¿Qué os parece, señor Morós? ¿Están excluidos de los primeros empleados los españoles americanos?

Mor.— Ya he escuchado. ¿Y qué razón hay para que todas, todas las plazas, por ejemplo, de oidores, no se den a los naturales del país?

Acer.— Eso es volver al principio; y es una necedad lo que pretendes. ¿Ya no ha dicho Filopatro, y es constante: que el público es el primer interesado en que la justicia se administre por hombres, que no tengan a la mano parientes, ni conexiones, que les hagan doblar la vara en perjuicio de los miserables?

Fil.— Oíd en confirmación de esto. En las audiencias de Valencia, Barcelona, Navarra y otras de España, no hay más que dos plazas en cada una para naturales de aquellas provincias. En la de Sevilla fue decano muchos años hasta su muerte el señor Bruna, ministro respetabilísimo; y habiendo vacado en su tiempo tres veces la Regencia, nunca la pudo conseguir. Y más bien le dio el rey en la primera honores del Consejo, en la segunda honores de la Cámara, y en la tercera honores del Consejo de Estado, que permitir que fuese regente de la Audiencia de Sevilla, donde había nacido. Y antes hicieron a un sobrino suyo oidor de Valladolid, y consejero, que enviarle de alcalde a la Audiencia donde estaba su tío. Contemplan ustedes ahora, y comparen este rigor con la condescendencia, que se ha tenido con los mexicanos en esta parte.

Mor.— Ya, ya lo veo.

Fil.— En una palabra: tampoco sabréis, Morós, que el señor Villaurrutia,

americano, fue presidente de Guadalajara; que el señor Recavarren, americano, fue presidente de Panamá, teniendo solos 27 años de edad; que el marqués de Villa Hermosa, americano, fue presidente de México; que el señor Olivan, americano, fue capitán general de Texas; y aun también ignorareis, creo, que el señor Gamboa, regente de Santo Domingo y de México, era americano; y que sin salir de México jamás, fue también regente de esta Audiencia el señor Guevara. Por último: el año 1732 publicó el doctor Peralta, catedrático de Lima, su erudito poema, intitulado *Lima fundada*, y asegura que hasta entonces se contaban cinco virreyes, siete generales, otros tantos consejeros, diez inquisidores, diez presidentes, cien oidores, diez arzobispos y sesenta obispos, naturales todos de la América Meridional.

Mor.— Pero aquí hablamos de la Septentrional.

Fil.— No seáis necio, hombre. Para la queja de si los españoles americanos logran o no empleos honoríficos ¿Qué más tiene una que otra América? ¿Acaso queréis también decir que el gobierno español prefiere los peruanos a los mexicanos? ¿Y no lo habéis oído ya? ¿Son acaso nacidos en la Meridional tantos, como os he referido?

Mor.— Sí...esto no es más que...

Fil.— Esto no es más que ser vos un solemne majadero, a quien la luz ofusca mientras más clara y brillante.

Mor.— No tanto. Yo bien conozco que no hay que replicar a pruebas tan de bulto. Lo decía sólo por ese número de arzobispos y obispos, que dijisteis, que había habido, americanos del Perú; porque por acá no hemos tenido tantos.

Fil.— ¡Válgame Dios! ¿Y qué no escarmentéis todavía? El desengaño que habéis tenido en cuanto a los empleos seculares, ¿no debía haceros más cautos para no arrojar esas proposiciones magistrales y resolutivas? Si no sabéis, si dudáis, preguntad a quien más

sabe; pero no habléis con tanto descaro de lo que ignoráis.

Acer.— No te alteres, amigo. Ilústranos, pues comenzaste; que Morós tiene sus cosas; pero bien comprende la fuerza de tus demostraciones.

Fil.— Sí, yo tengo mucho placer en ello: ¡ojalá que mis palabras llegaran a los oídos de todos los que por falta de noticias, están descontentados! Nuestros paisanos tienen un talento despejado y son dóciles; y estoy seguro de que no son capaces de oponerse a la razón. No habrá tiempo para satisfacer hoy a Morós en el punto de mitras, que desea; tiempo nos queda. Ahora bastará decirle dos cosas. Primera: que esta América ha corrido parejas con la meridional en todo lo que es recibir honores y atención de nuestros reyes, y alto gobierno. Segunda: que si alguna diferencia se encontrase en las sumas de americanos distinguidos; que lo dudo; deberá atribuirse a lo que ya dije otra vez de la mayor fortuna de los europeos. Esto es: a que saben ingeniarse más que nosotros, a que no tienen tanto miedo al mar; a que son más los que en diferentes carreras se proporcionan a los premios, honras y empleos.

Mor.— ¿Pero en qué quedamos de empleos eclesiásticos?

Fil.— Porque no reventéis con la curiosidad, sabed por ahora, que los americanos hemos tenido un general del orden de San Agustín, el reverendísimo. Vásquez, Limeño; y otro general del orden de Santo Domingo, el reverendísimo Monroi, queretano; que hemos tenido los mexicanos veinte arzobispos y doscientos obispos; y que si no hemos tenido papas, tampoco la antigua España los ha tenido desde que hay España nueva.

Mor.— Y decidme...

Fil.— Otro día, otro día.

CUARTO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Pusiste ayer tan de bulto, querido Filopatro, la atención que los americanos han merecido siempre al gobierno español para todo género de empleos...

Fil.— Aguarda. Lo que has oído es nada en comparación de lo que falta. Yo cuando platico no hago una historia, sino refiero lo que de pronto me ocurre, sin ofender la verdad. La historia completa de los grandes hombres en todas líneas, que las Américas han producido de la simiente española, cultivada a esmero de nuestros padres, y regada por los reyes con las aguas de continuos honores y gracias, es muy vasta; no cabe en pequeños volúmenes. Poco a poco, y según se proporcione la ocasión, irás, Aceraio, imponiéndote de ella. Sigue ahora lo que ibas a decir.

Acer.— Decía yo, que será muy topo, o muy maligno el que se queje de injusticia en punto de empleos.

Fil.— Escucha, que tengo que advertir sobre eso. Soy enemigo de supercherías; yo no he de deslumbrarte: la verdad es mi carácter; y yo aprecio el triunfo que logra la razón, porque es el más glorioso y seguro... Pero Morós llega: me alegro.

Mor.— ¿Creerán ustedes que no pude pillar anoche el sueño hasta bien dadas las diez? ¡Qué barahúnda traía yo en los cascos! ¡Y cómo renegaba yo de una tía, hermana de mi madre! ¡Dios se lo perdone! Esa tuvo la culpa de no haber ido yo a España ahora veinte años. Mi padre, que era un montañés tieso, ya tenía dispuesto mi viaje; mi madre aunque al principio se resistió, mas al fin hubo de condescender; pero la tía, que me había criado, y que por no separarme de sus faldas, ni me dejó seguir los estudios, ni quiso jamás que me pusiera una charretera de milicias; se opuso con tal terquedad a mi partida, que amenazó a mi padre con que me quitaría la herencia, a que ya me había llamado en su testamento...

Veán ustedes, decía yo anoche entre mí, ahora pudiera ser general o a lo menos coronel; presidente u oidor; intendente o al menos administrador... Pero luego me dormí; y en amaneciendo Dios, dije: vamos a oír a Filopatro.

Fil.— Bienvenido: sentaos. Y dejadme concluir una especie que había comenzado. Tú Aceraio, de buena fe; Morós acaso sin reflexión, podríais culparme mañana de que os quise persuadir, que en la distribución de empleos no se ha hecho, ni se hace injusticia a los americanos.

Mor.—Tantas pruebas amontonaste ayer de eso, que es preciso creerlo, o reventar.

Fil.— Pues sabed que injusticias las ha habido en el mundo desde que pecó Adán, y que las ha de haber mientras que los hombres, y no los ángeles, administren la justicia conmutativa, y distributiva. Mi intento ayer fue demostrar que en España no ha habido jamás *injusticia sistemática*, con respecto a los americanos. Esto es: que no ha habido plan, sistema, o máxima política de olvidarnos, de no atendernos, de no preferirnos, de privarnos de todo género de honores, o de excluirnos de ciertos grandes empleos; no, no habido tales ideas, y la experiencia ha confirmado esta verdad. Al contrario, los reyes y la nación entera, muy pundonorosos en esta parte, han hecho siempre empeño de confundir la envidia y las calumnias de los extranjeros, que para sembrar la cizaña y desacreditar a los españoles, han propalado muchas veces, que estamos oprimidos, que somos tratados como esclavos, que nos mantienen en el estado de la ignorancia y barbarie, que en las Américas españolas no hay más que minas, hombres tiznados, desnudos y pálidos, que las rascan; grandes almacenes donde se depositan los tesoros; y yacales y barrancones miserables, donde vivimos como bestias.

Acer.— ¡Qué desvergüenza! ¿Y esta multitud de ciudades magníficas, estos edificios, los templos, las universidades, los colegios, las academias de las artes, los

monasterios, los hospicios, los hospitales, los talleres, las fábricas, los paseos, los caminos, los puentes, los teatros; el lujo en casas, vestidos, coches; las tiendas, los cafés, las fondas... ¿Qué más? Esta España nueva, émula honrada de su madre en religión y magnificencia de culto, en ciencias y universal ilustración, en policía y todo genero de cultura... Yo hablo de lo que veo y de lo que sé...

Fil.— Pues lo mismo puedes afirmar de la Habana, de Guatemala, de Buenos Aires, de Santa Fé, de Lima, y de todas las provincias americano-españolas... ¿Y ves todo eso?

Mor.— Todo eso se debe al ingenio, y esmero de los americanos.

Fil.— ¡Qué desatino! Morós, ¿qué habéis hecho o adelantado vos en la hacienda y casas que heredasteis de vuestra tía?

Mor.— ¿Yo? Nada. Las tengo arrendadas, y cobro mi dinerito.

Fil.— ¿Y vuestra tía qué hizo?

Mor.— Heredó parte de mi abuelo, que era vizcaíno, y parte de su marido, que fue por cierto un catalán muy laborioso. Esos fueron los que hicieron la hacienda y fabricaron las casas.

Fil.— ¿Lo veis? Dos europeos trabajaron, para que vos y vuestra tía se regalasen. Pues eso que ha sucedido con vuestra persona particular, y sucede con todos nosotros; es lo que en la América debe decirse por lo tocante a los edificios, obras y establecimientos públicos; el rey de España, el gobierno español, son los que han erigido catedrales, academias, cátedras, hospitales, hospicios, etcétera, y han protegido otros monumentos piadosos, que nos dejaron varios europeos ricos.

Mor.— Vaya un ejemplito; pues yo no me convenzo con generalidades.

Fil.— Mil; pero vaya: el Colegio Mayor de Santa María de todos Santos de México, lo fundó el señor chantre de esta iglesia y obispo de Guadalajara, don Francisco Santos,

castellano viejo; el Real de San Ildefonso debe su establecimiento al padre doctor Pedro Sánchez, jesuita, castellano; el Seminario Tridentino al señor arzobispo Seixas, gallego; el de San Juan de Letrán al padre Gante, europeo; el de San Ramón al señor Toledo Almendariz, obispo de Cuba y Michoacán, sevillano; el Monte Pío de México lo fundó y dotó el conde de Regla, extremeño; pero esto va largo. No hay en la América iglesia, monasterio, capellanía u obra pía, que no se haya fundado o por español europeo, o con su dinero.

Mor.— ¿Pero al fin, quiénes son los dueños de todo esto?

Fil.— Mirad. El señor de esta tierra como del mundo todo, es Dios, que la crió. Criola para los hombres, y se la repartió; pero nunca vinculó Dios la propiedad en el nacimiento. Adán nació en el paraíso, y se quedó sin derecho a él; y la tierra de promisión fue quitada a los naturales de ella, y dada a los hijos de Israel. Este es el título más auténtico e incontestable de la posesión de las provincias y reinos del mundo; la donación de Dios, que es el dueño propietario. Los hombres no son más que usufructuarios del mundo.

Mor.— Bien; ¿y no somos los españoles americanos los usufructuarios de este nuevo mundo?

Fil.— No me interrumpáis. El punto que tocasteis es muy delicado; y muy importante que yo os diga lo que hay en él. No es necesario meternos en disputas, impertinentes ya para el caso. Se disputó en Europa por los mayores teólogos y letrados sobre el derecho de los reyes de España a estos dominios. El año 1550 se formó en Valladolid de Castilla una junta de sabios, en que se ventiló la famosa cuestión sobre la justicia, con que se había conquistado la América. Jamás delante de tribunal más respetable se trató negocio más importante. Pero si entonces fue ociosa y vana la disputa, cuando ya

las armas de Cortés y Pizarro habían sujetado regiones inmensas, ¿cuánto más vano, ridículo y perjudicial sería hoy tocar esta materia al cabo de trescientos años, en que los que pudieran reclamar se hallan comprometidos con mil voluntarios juramentos de fidelidad, contentos y convencidos de los bienes que en lo espiritual y en lo temporal les trajo la conquista?

Mor.— Pero alguna razón...

Fil.— Ya la di; y no necesitamos de otra. Dios, dueño de la tierra, y de los imperios, trasladó a los reyes de España el de estos dominios, como lo hizo en el Antiguo testamento, y lo hace cada día. Mas suele equivocarse lo que es obra manifiesta de Dios con lo que es efecto de la ambición de los tiranos. Y la diferencia se colige fácilmente por las circunstancias. Pasar una tierra de idólatras y profanadores de la ley natural al poder de una nación religiosa, y observante de los preceptos naturales y divinos, es obra clara de la voluntad absoluta y positiva de Dios, que celoso de su honra, y acordándose de que crió a los hombres, y los extendió en el mundo para que le reconociesen y adorasen, se enoja con los que lo han olvidado, les quita lo que les dio, y llama a otro pueblo fiel para que goce aquellos bienes, y encamine con su ejemplo a los errados hacia la gloria. Ved aquí lo que sucedió con España y sus Indias.

Acer.— ¿Con que diremos que la conquista de la América fue inspirada por Dios a los españoles; y que fue en beneficio de los indios?

Fil.— Cosa es esa tan clara, que no puede ya dudarse. Esta altísima disposición de Dios se confirmó con el copioso número de milagros, que intervinieron en la conquista, y continuaron después. El repentino silencio de los ídolos en las primeras islas descubiertas por Colón, y en el templo de México; los infernales aullidos de los demonios que se escucharon en las barrancas de Tlaxcala; el don de lenguas comunicado a los misioneros;

las apariciones portentosas de la Santa Cruz, y de la madre de Dios, y otros mil prodigios sobrenaturales, ¿no están predicando que el Señor del cielo quería sacar de las garras y esclavitud de Satanás a los indios, y traerlos por los españoles al conocimiento de la religión verdadera, para que no pudiesen eternamente?

Mor.— Ya... En diciendo que Dios lo quiere y lo inspira...

Fil.— No basta decirlo. También el infame Napoleón ha dicho, que es enviado de Dios. ¿Pero no conocéis la diferencia? La España conservaba puro el depósito de la fe; Napoleón viene a extinguir la religión católica. España mantenía en dos mil templos el culto verdadero a Dios, a su madre y a sus santos; Napoleón viene destrozando altares, robando los vasos sagrados, matando los sacerdotes, arrastrando las santas imágenes, y suspendiendo las funciones eclesiásticas. España sería pecadora; pero no era impía; Napoleón ni reconoce ley divina, ni religión revelada. En fin, los ejércitos de Napoleón vienen a España a destruir, no a propagar ni mantener el Evangelio: ¿Será ésta obra de Dios? ¿Se harán estas abominaciones por aprobación del santo de los santos?

Mor.— Todo está muy bueno; pero yo iba a otra cosa. Dicen que esta revolución de Tierradentro es contra los europeos, porque somos nosotros los dueños de la tierra.

Fil.— ¿Qué habláis, hombre? Nadie es dueño sino de lo que ha trabajado, ganado, comprado o adquirido lícitamente. No volvamos atrás. ¿Quiénes somos nosotros?

Mor.— Los españoles nacidos aquí.

Fil.— ¿Y de dónde nos vino ese dominio? Si tenemos aquí algo, los europeos nuestros padres nos lo adquirieron y dejaron. Si nada tenemos, ¿hemos de dar tras de lo ajeno?

QUINTO

Filopatro, Aceraio y Morós

Mor.— El derecho de conquistadores, que tenemos los españoles americanos...

Fil.— ¡Qué delirio! ¿Cuántos son esos? Apenas habrá en la Nueva España mil personas, que puedan probar que descienden de conquistadores; y las casas que notoriamente llevan hasta ellos su ascendencia gozan pacíficamente las remuneraciones que los reyes hicieron a sus abuelos, como a instrumentos de aquella disposición divina, de que he hablado. ¿Y qué europeo ha venido a quitar a estos sus mayorazgos? ¿Y por ventura Hidalgo, Allende, y semejantes pretenden descender de los conquistadores?

Mor.— Qué sabemos...

Fil.— ¡Disparate! Pero aunque eso fuera. Cortés y sus compañeros conquistaron este imperio, no para sí, y sus nietos; sino para los reyes de España, con cuyos auxilios y armas, y bajo cuyo nombre y sombra se introdujeron en la América. A Carlos V y sus sucesores, y no a Cortés, y sus soldados, cedió Moctezuma el cetro y tan vasallos del rey de España quedaron los indios desde entonces como los mismos conquistadores, y los hijos y los nietos de los unos y de los otros.

Acer.— Pero conquistado esto, ¿no vinieron muchos españoles después, y las leyes les conceden mil privilegios y honras por pobladores, que pasan a sus hijos?

Fil.— Sí; y por eso les repartió el rey tierras; y por eso les concedió honores y empleos; y por eso son, como siempre han sido, dignos de atención sus hijos. ¿Pero querías que lo que no concedió a los hijos de conquistadores, concediese a los de pobladores, que es el señorío de estos reinos?

Acer.— No pienso yo en eso.

Mor.— Yo sí pensaba que tenemos los españoles americanos algún derecho más a

esto, que los europeos.

Fil.— Pues pensabais un absurdo. Y si no decidme: ¿podréis distinguirme entre tantos españoles nacidos aquí quiénes tienen derecho y quiénes no lo tienen?

Mor.— Yo no distingo. Todos.

Fil.— Los que nacieron en el siglo 16, los que en el 17, los que en el 18...

Mor.— No te fatigues: hasta los que nacieron ayer y los que nacerán hasta que Dios acabe el mundo.

Fil.— ¿Y los españoles que nacen en Europa, y vienen a vivir acá, esos no?

Mor.— No, Señor.

Fil.— ¿Con que el padre de Allende, y los abuelos de Hidalgo y sus secuaces, que fueron europeos no tenían derecho a vivir aquí, ni a comerciar, ni a adquirir bienes, ni a disponer de ellos?

Mor.— No tengo inconveniente, según mis principios, en concederlo.

Fil.— Luego es preciso que me concedáis también que Allende, Hidalgo, y los demás españoles americanos, entrando vos, tampoco tienen derecho a los bienes que les dejaron aquellos padres y abuelos, porque son bienes mal habidos.

Mor.— Es que en el acto de nacer aquí, se adquiere el derecho a los bienes paternos.

Fil.— ¿Aunque sean mal adquiridos?

Mor.— Pues... quiero decir... entendámonos.

Fil.— Yo bien entiendo, gracias al cielo: el que no entiende ni se entiende sois vos. Venid acá, hombre de cabeza desconcertada. Lo que en su principio es nulo, dice una regla del derecho, no se hace válido, porque pasen muchos años. Si nuestros abuelos, como nacidos en Europa, no tuvieron derecho para adquirir aquí bienes; luego los adquirieron contra derecho; luego no eran suyos; luego no pudieron darlos a sus hijos; luego estos los

tienen injustamente como sus padres.

Mor.— Pero aquello ya pasó. Ahora hablamos de los del día.

Fil.— Bien. Pues vamos por otro lado. Pregunto: ¿creéis vos que los españoles nacidos aquí de veinte años a esta parte tienen derecho a gozar los bienes que sus padres europeos les buscaron?

Mor.— Ya he dicho, y lo repito, que aunque hayan nacido ayer.

Fil.— Luego los hijos, (pondré uno u otro ejemplo, por no difundirme) del coronel Munilla, los de los condes de Pérez Gálvez y Casa Rul, y otros semejantes europeos, no deben ser despojados de su bienes patrimoniales.

Mor.— Debo confesar que tenéis razón y justicia.

Fil.— Pues yo os aseguro que a estas horas ha dejado a estos infelices americanitos en un petate el bárbaro Allende, el hipócrita Hidalgo, y esa cuadrilla infame de defensores de los americanos.

Mor.— No puedo creerlo.

Fil.— Ya lo veréis: ello dirá.

Mor.— Pero si nada de esto es del caso, señor. Hidalgo y Allende ni quieren ser reyes de Nueva España por hijos de conquistadores; ni de pobladores, ni a título de americanos, sino que...

Fil.— Suspended: vos mismo me habéis metido en esta materia. Como os dejáis caer con ciertas especies sediciosas; y por otra parte entreveo en vos cierto afecto a esos tumultuarios, o sea deseo de disculparles, que uno y otro es muy criminal...

Mor.— ¿Yo? Nada de eso: Dios me libre.

Acer.— No puede creerse tal maldad en Morós.

Fil.— Me alegraré de engañarme. Vaya, proseguid.

Mor.— Decía (pues, según he oído: que yo nada sé de cierto) que la idea de Hidalgo y Allende es defender este reino y guardarlo para FERNANDO; porque los europeos lo quieren entregar a los ingleses.

Acer.— Yo había oído que *a los franceses*.

Fil.— ¡Jesús! ¡Semejante desatino no creía que cupiera en cabeza sana! Mirad: aquí hay dos cosas. Una es, que los europeos piensen en tal locura; otra que Hidalgo tome esto por pretexto de su atentado. En cuanto a la primera no me cansaré en disuadiros de tan mal pensamiento; es tan imposible que haya un solo español que piense en entregar la América a otra nación extraña, que primero perderán las haciendas, y la vida, que reconocer otro yugo que el suavísimo del rey FERNANDO, o su legítimo sucesor. ¿Os parece que ignoran los españoles europeos que viven en la América, la tiranía, el despotismo y crueldad con que otras potencias extranjeras han tratado a sus vasallos de Indias? ¿Tan poco respeto creéis que tienen a la religión católica, que habían de exponerla a ser escarnio de los herejes? ¿Tan idiotas los hacéis, y tan desprendidos de sus intereses, que quieran verse reducidos en menos de diez años a no tener ni una correspondencia mercantil, ni un almacén, ni una tienda?

Acer.— ¿Eso sucedería? ¿Cómo?

Fil.— Es muy fácil que lo entiendas. Ninguna potencia extranjera quiere la América, para hacerla feliz; sólo España tuvo esas miras generosas. La quieren para exprimirla, y aprovecharse bien de ella. Por consiguiente, lo primero que harían los ingleses sería enviar a Veracruz comerciantes y factores de su nación; a estos vendrían consignados todos los cargamentos; y ya tienes a nuestros veracruzanos comprando los géneros a Mister Fulano, o Milord Zutano. A México y demás pueblos vendrían otros tales a quienes dirigirían las memorias desde el puerto los Factores; y ahí tiene usted a los mexicanos y

demás españoles precisados a surtirse de aquellos. Esto sería al principio; pero no pudiendo por el recargo de los géneros, expenderlos con facilidad, al fin quitarían la tienda, o lo traspasarían al extranjero; y a vuelta de diez años, como decía yo antes, ya las casas de Echavarria, Agreda, etcétera, desaparecerían y no se oirían sino los nombre de Crawford, Lincoln, Jontone...

Mor.— Pero tendríamos géneros más baratos.

Fil.— Siempre habéis de salir con una necesidad. Ahora se trata de si los españoles europeos quieren entregar la América al inglés. Y para probar yo que es una calumnia, me he valido de la reflexión que oísteis. Pues es inverosímil que pensarán en un proyecto, que les había de traer tan fatales consecuencias. Que los géneros estarían entonces más baratos, no viene al caso, ni es cierto. No viene al caso porque los españoles europeos, que la mayor parte son de comercio, no habrían de cometer una maldad tan execrable, porque Morós tuviera más barata la bretaña, ni la casimira. Ni menos es cierto. ¿Qué pensáis que los derechos de almirantazgo, de importación, de aduanas, etcétera, serían menores? ¿Creéis que los extranjeros se contentarían, como la noble España, con sacar de esta tres millones no más de pesos cada año?

Mor.— ¿Qué tan poco saca España de aquí?

Fil.— Hablo del rey, de sus derechos reales: la corona. Doce millones importan las rentas reales de Nueva España; de ellos seis se quedan acá en sueldos, y gastos; tres van de situado a las Islas. ¿Qué queda?

Mor.— Ahora me desayuno de eso; y convengo en que los *monsiures* no se contentarían con tan poco.

Fil.— Pero vamos a lo principal, supuesto que es una calumnia y una bobería eso que publican Hidalgo y Allende. ¿De dónde os parece que tiene su origen esa especie

diabólica, que han tomado por pretexto para seducir a los simples e incautos?

Acer.— Será, que como vieron los obsequios que se han hecho en México, y Veracruz a los honorables ingleses Cocrane, y Fleming...

Fil.— Pues no faltaba más sino que después de los singulares y extraordinarios servicios y obsequios que la Inglaterra ha hecho y esta haciendo a nuestra madre España, una vez que se presentan aquí esos dos sujetos recomendables, no los recibiéramos con las demostraciones y agasajos, que debe un pueblo a unos huéspedes beneméritos. ¿Qué dirán de México ahora? ¿Y qué dirían si les hubiésemos tratado como bárbaros?

Acer.— Vaya, di: ¿de dónde nace esa especie, que divulga Hidalgo?

Fil.— Del gabinete de Napoleón.

Mor.— ¿Cómo? ¿Es posible?

Fil.— Sin duda. Esta es la centinela favorita del tirano, su máxima cacareada en todas partes y el resorte de que se ha valido para enredar los pueblos de Europa. Malquistas a los ingleses, inspirar celos y odio contra ellos. Y ahora se viene por medio de Hidalgo a indisponernos unos contra otros con el pretexto de que los europeos quieren entregar el reino a los ingleses.

Mor.— ¿Pero acaso Hidalgo estuvo en Francia, o ha hablado con Napoleón?

Fil.— ¡Inocente! ¿No sabéis que el general francés Dalmivar estuvo en casa de Hidalgo ahora dos años? Dejémoslo por hoy, que tengo quehacer.

SEXTO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Antes que prosigas, querido Filopatro, sobre el punto que quedó pendiente el otro día, quisiera que me sacases de una duda.

Fil.— Di en buena hora.

Acer.— Hazme dicho varias veces que no es lo mismo ser *doctor*, que ser docto. Ya es cosa averiguada que el cura Hidalgo no es *doctor*, como él se ha llamado, o como otros han querido titularle. Pero de contado dicen los que le conocen que es hombre sabio.

Mor.— ¡Oh! Sapientísimo he oído decir que es.

Fil.— Mirad: yo no le conozco sino por la obra que acaba de dar al público; y esa es ciertamente pésima.

Mor.— ¿Qué obra? ¿Ha dado a luz algún libro?

Fil.— Ha abortado el infernal proyecto de la revolución. Mas advertid, que Luzbel fue el más sabio de los ángeles, y no dejó de ser por eso el primer diablo; y que Adán, el más sabio de los hombres, envolvió a su posteridad en un mar de miserias. Así pues, Hidalgo podrá ser hombre doctísimo; y querer precipitarnos ahora en un abismo de males. Los más grandes heresiarcas han sido por lo común de muchas letras y de gran ingenio; y a Mahoma y Napoleón nadie les ha tenido por idiotas; también el anticristo será un sabio. ¿Y qué tenemos con eso?

Acer.— Lo decía yo porque me hace fuerza que sabiendo ese hombre cuanto enseña la religión sobre el amor fraternal, sobre la subordinación a las legítimas autoridades, y sobre el carácter pacífico, que debe ser el distintivo de los ministros del altar; se haya puesto a la cabeza de una tropa sublevada, haya acometido a las personas y propiedades de sus prójimos y quiera romper en todos los pueblos los nudos sagrados de la caridad y de la obediencia.

Fil.— Mira: el primer efecto que hace en el alma la soberbia, que es el amor desordenado de sí mismo, y de la propia excelencia, es ofuscar el entendimiento, llenarlo de sombras y fantasmas halagüeñas que lo confunden, lo embriagan, lo enloquecen, y le hacen

desbarrar y caer en la ignorancia más estúpida, y con los más crasos errores.

Acer.— Quedo enterado de que no basta tener por sabio a un hombre para creerle ciegamente y seguirle, cuando por otra parte se advierte que sin el freno de la virtud, y de la religión corre desbocado, y nos lleva al precipicio.

Mor.— Pues es hoy día de proponer dudas, propondré yo varias que tengo sobre lo que he oído aquí a Filopatro, y aun sobre lo que no le he oído.

Acer.— Eso último no entiendo.

Mor.— Es que aunque no me hallé presente el día que viniste a enseñar a Filopatro la carta de Querétaro, y tomaste aquí chocolate, he sabido cuanto hablasteis.

Fil.— ¿Cómo?

Mor.— La criada que estuvo escuchando me lo contó todo.

Acer.— Pues bien. Como ella te haya dicho la verdad...

Fil.— No has de decir eso, sino: como ella no haya trastornado las especies; y como Morós no las haya entendido mal... Pero en fin, ¿qué tenéis que decir?

Mor.— Contome la criada que estuvisteis despepitando contra los españoles americanos, que los tratasteis de ociosos, viciosos y perdidos; que no tenían razón de quejarse de los europeos, y otras mil cosas. Y a la verdad que no es esto ser Filopatro, amigo, sino Antipatro...

Fil.— Ve aquí lo que son los tontos, y los chismes. Más daño hacen a la república éstos y aquéllos que un ejército de Napoleón. Pues sabed que la criada os ha informado mal; que todo lo ha trastornado; y que creyéndolo vos, y propagándolo, vais desacreditando y haciendo odioso a un hombre de bien. Pero en suma, ¿no os individualizo alguna especie, sobre que pueda yo satisfaceros?

Mor.— No me determinó especie alguna, sino en general: que cargasteis la mano

sobre los españoles de acá; y en punto de rivalidad les echasteis el pleito en contra.

Fil.— No debía yo hacer caso de chismes de criada, ni de vuestra inconsiderada e injusta reconvención. No obstante después de aseguraros, que en esa conversación nada hubo que pudiese ofender a la comunidad de españoles americanos buenos, dignos y juiciosos, todo se redujo a demostrar que es injusta e infundada la emulación odiosa que *algunos* tienen a sus hermanos los europeos. Si hay tal emulación debe reprobarse en primer lugar; y en segundo debe ponerse de bulto con ejemplos palpables su injusticia. Así lo hice. Si no hay tal emulación mejor; pero lo que dije servirá para que nunca la haya.

Mor.— Sí; en eso no hay que dudar. Pero la rivalidad es cosa relativa; y parece que sólo hablasteis de la una parte sin daros por entendido de la otra; que es lo que yo extraño.

Acer.— Filopatro habló lo que debía, y con mucho acierto. Se trataba de los indignos sublevados de Tierradentro; se hablaba del motivo que había podido inducirles a su maldad. A los dos nos pareció que el odio a los europeos fuese el principal motivo. Era pues preciso impugnar esta causa; y cuanto se dijo fue siempre relativo a los insurgentes.

Fil.— ¿Pues qué queríais, que hablando de esto dijese yo: *tienen razón Hidalgo y Allende?* ¿Era esto reprobar su atentado? ¿Se sofocaría el fuego, o se aumentaría más con decir que algunos europeos por aquí o por allí habían exasperado al cura revoltoso? ¿Cuando un médico advierte por un lado del enfermo la gangrena, ha de aplicar la quina al lado opuesto? ¿Qué humor debe atacarse, sino el que aparece exaltado?

Mor.— ¿Pues quién os ha hecho a vos médico del cuerpo político?

Fil.— Hombre necio, mal educado, sin principios de religión, ni de moral ¿Ignoráis la obligación, que todo ciudadano tiene de conservar la paz de la sociedad? ¿No sabéis el precepto de la corrección fraterna que Jesucristo impuso a todos sus discípulos? ¿Veréis vos que se quema una casa, y no acudiréis o con agua, o con gritos para que se apague el

incendio? No soy médico político, porque me falta la autoridad de curar; pero soy un verdadero amante de mi patria y de mis paisanos; y cuando veo a algunos enfermos, el deseo de su salud me dicta aplicarles lo que me parece podrá sanarlos o aliviarlos. Y esto debe hacer todo el que tenga algunas luces y conocimientos de las enfermedades y remedios, tanto en lo físico como en lo moral.

Mor.— Me habéis echado una terrible andanada, y no merezco que me tratéis así. Y lo cierto es que no es buen modo de meter paz, cargarse más a un lado que a otro.

Fil.— Quiero concederos que entre dos rivales haya iguales motivos de quejas y emulaciones, ¿pero contra quién os dirigiréis primero? ¿A quién contendréis? ¿A quién reprenderéis? ¿A quién sosegaréis? ¿Al que acomete furioso? ¿O al que en el acto se estaba quieto?

Mor.— Pero, ¿si el que se estaba quieto había dado al otro algún motivo?

Acer.— Eso de los motivos se averiguaría después. Lo que instaba era echarse sobre el atrevido, y hacer espaldas al indefenso; afear la acción del agresor, templarlo, hacerlo conocer su delito.

Fil.— Esto era lo que debía hacerse en nuestro caso; y esto se ha hecho.

Mor.— Ya veo que si es así, no hay que replicar.

Fil.— Señor Morós, es tiempo de hablar claro; y por falta de esta libertad generosa de ideas, lo que he platicado y conferenciado de buena fe, sería bastante a calmar resentimientos y conservar la unidad; oculto y sofocado va agriando los ánimos, carcomiendo los corazones, y aumentando el fuego, que luego revienta, y trae estos y peores males a la sociedad.

Mor.— Pues bien: hablad cuanto quisieréis.

Fil.— Ya he dicho ahora; y antes me habéis oído bastante. Pero añadid que la

educación es la semilla, y la fuente de la felicidad de los hombres o de su miseria. Todos recibimos de Dios una alma capaz, como el campo, de fructificar mal o bien según lo que en ella se sembrare. La diferencia que unos entre otros van descubriendo los niños es efecto de las diversas circunstancias en que nacen, de las primeras ideas que reciben, y de la mayor o menor proporción que tienen para ejercitar sus potencias y aplicarlas a objetos grandes o pequeños. La naturaleza nos uniría a todos suave e indistintamente; pero las distancias y diferencias de cunas, la diversidad de fortunas, oficios y caracteres ya formados de nuestros padres, nos van también separando, aislándonos en diversos círculos, y haciéndonos formar como una naturaleza diferente de la de los demás. Ya entonces el rico cree que es superior al pobre, el que ha cursado las escuelas se persuade a que Dios le dio una alma más noble que la de un artesano o jornalero; el español americano mira a los indios como descendientes de otro tronco, que no fue Adán. Y por esta regla el europeo se cree más español, que el hijo de su tío, aunque éste y el padre de aquél hayan sido hermanos; y tengan unos mismos abuelos el europeo y el americano.

Acer.— ¿Y qué remedio contra esas preocupaciones?

Fil.— La religión y las leyes son los vínculos que a pesar de esos vicios y corrupción unen a los hombres en el espíritu. Pero esos nudos los echa y aprieta la educación y enseñanza que se da para que se conozcan y se respeten. La religión es en sí santísima, y contiene cuanto es necesario para que los hombres se amen y se estimen recíprocamente. Mas es indispensable que se haga entender y amar y respetar por la educación. ¿Cómo es fácil que criado yo con la doctrina que me dice que un dios es el común padre de todos, que todos somos hijos de un mismo primer hombre, que todos caminamos a un único y solo fin, que uno es de todos el redentor y salvador, y que nos hemos de juntar en una misma patria verdadera y eterna, si amamos a dios y nos amamos

mutuamente? ¿Cómo es fácil, vuelvo a decir, que me crea más digno que mi hermano, que lo desprecie, que lo envidie, que lo aborrezca? Mas si no me enseñaron estos principios, o yo no he cuidado de cultivarlos, si cierro los oídos a los pastores y sacerdotes que me los repiten, si no sigo el ejemplo de los buenos, si me abandono, y desprecio a Dios, al Evangelio y aún la gloria eterna; entonces, amigo, esta casa del mundo que el Señor nos fabricó, para que viviésemos unidos, se volvió una cárcel infernal; y viviendo como enemigos y demonios, nos anticipamos acá el infierno eterno que está destinado para los que no aman a Dios ni al prójimo.

Mor.— ¿Pero esa falta de educación, y reflexión de los principios religiosos, morales y sociales sólo se encuentra en nuestros paisanos?

Fil.— ¿Cómo podía yo decir ni suponer tal desatino? Vos, no hacéis sino hurgar, y tentarme; y si hablaseis de buena fe, yo os diría cosas importantes. Dadme pruebas de que habláis con la sinceridad de Aceraio y os satisfaré.

Mor.— Yo no entiendo la diferencia que hay entre mis claridades, y lo que en Aceraio llamáis sinceridad.

Fil.— Pues la hay muy grande. Vuestras claridades son necias y a la vez maliciosas; y Aceraio se produce sin dolo, y con una franqueza modesta.

Acer.— ¿Conque por satisfacer la curiosidad de Morós dejaremos pendientes los asuntos de Hidalgo?...

Fil.— Todo va a parar allá. No creas que en instantes tan preciosos había yo de hacer digresiones que no vinieran al caso.

SÉPTIMO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Si el señor Morós tiene otras dudas que proponer, le suplico las deje por ahora, porque el punto que quedó pendiente de la visita del general francés Dalmivar al cura Hidalgo, es sumamente interesante. Salgamos de esto, que me tiene inquieto.

Mor.— Bien va; yo también deseo saber, ¿qué conexión tiene aquella visita con lo que ha sucedido?

Fil.— ¡No es nada! Haber conferenciado el emisario de Napoleón con Hidalgo sobre la sublevación que hemos visto; haberse puesto de acuerdo en los planes; haber reventado la mina que vino a hacer el francés; y haber conseguido el infame Corso introducir ya en nuestro inmaculado suelo el aguilucho o gavilán estuprador que intenta violar a nuestra águila mexicana.

Mor.— Esas son presunciones temerarias. Y extraño mucho que un hombre tan circunspecto como Filopatro, se deje llevar de paparruchas.

Fil.— Yo no afirmo jamás sino lo que sé, y me consta por documentos irrefragables. ¿Cuál es la presunción temeraria? ¿Qué Hidalgo conferenció con el francés Dalmivar? Estuvieron juntos: esto es innegable. ¿Estarían callados? No es creíble. Luego hablaron entre sí...

Mor.— Pero platicarían de cosas indiferentes; no de sublevación.

Fil.— ¿Conque esto es lo que debo probar?

Mor.— Sí: que hubo planes. Esos planes es lo que yo no creo.

Fil.— Pues yo lo afirmo. Y os aseguro que los he visto. Si no me creéis, no me ofende vuestra falta de atención y docilidad. La fe que merezco a Aceraio, y a otros mil que conocen mi carácter y me hacen justicia, me satisface en esta parte. No obstante no quiero

exigir de vos que me creáis absolutamente sobre mi palabra... Esperad un poco...

Acer.— Se ha entrado, y está abriendo su papelera Filopatro... Desengañaos Morós, que cuando él lo dice, es cosa indubitable.

Mor.— Ahora lo veremos: ya vuelve.

Fil.— Sí; vuelvo a convenceros. Tomad ese papel: leedlo...

Mor.— Esto no está en castellano. ¿Es receta de botica? No lo entiendo...

Acer.— Veamos acá... En efecto: no está en castellano, sino en francés... Pero está en cifra: tampoco lo entiendo.

Fil.— Sin embargo, leedlo como está.

Acer.— Dice así: *Minuta*, Rué d' N.... Lots.... 16.— Place m. 8.— Rué du b... 12.— Place 2.... Larr. I.... brig.— Dom, I.— Allors.... I... Com ... I.— March... I.— Sourc... I...— Align... I.

Mor.— El diablo que entienda eso...

Fil.— En efecto el diablo que lo escribió, y el diablo que lo recibió, y el diablo que lo envió a Querétaro, y el diablo que lo tenía, son los que lo entienden, y pudieran explicarlo.

Acer.— Sospechoso es el papelucho, por estar en francés, y por esos nombres, y números. Mas todavía pudiera no tener alusión alguna a las cosas de Hidalgo.

Fil.— Decís bien. Pero aquí está otro documento, que acompañaba a esa *minuta*. ¿Qué os parece?

Mor.— Aquí veo una águila pintada, que quiere despedazar a un león. ¡Ah! Esa es la águila de Napoleón que quiere destrozar al león de España...

Fil.— Es algo peor.

Acer.— ¿Peor?

Fil.— Sí. Porque lo que dice Morós es cosa antigua, ya sabida;: que no nos debía causar ahora admiración; pues hemos visto que la águila francesa ha declarado la guerra al león de España.

Acer.— ¿Pues qué cosa peor significa o representa esa estampa?

Fil.— Leed lo que dice ese letrado.

Acer.— ¡Jesús me valga!

Mor.— ¿Qué os ha sucedido? ¿Os ha mordido el águila, u os ha arañado el león?

Acer.— ¡Tal maldad, Dios soberano! ¡El águila mexicana queriendo despedazar al generoso león de España! ¡A su defensor y bienhechor! ¡A su padre amoroso! ¡A su tierno hermano!

Mor.— ¿Es posible que esa águila no es la francesa, sino la americana?

Fil.— Así dice el letrado. ¿Y dudareis ahora de que esa estampa horrible y abominable, acompañada de esa *minuta* francesa y misteriosa son las prendas que Dalmivar dejó a Hidalgo, en señal de la alianza que vino a establecer con él, de parte de Napoleón?

Mor.— Terribles pruebas habéis manifestado.

Fil.— Aún hay más. ¿Qué dijerais si vieseis unas monedas de oro de los bonapartes repartidas en Querétaro, San Miguel y otros pueblos? ¿Qué? ¿Si leyeseis apuntes para proclamas, listas de patriotas proscritos, y planes para repartir las haciendas de labor entre los que sigan las banderas de la rebelión? No lo dudéis, amigos. *Departamentos* de agricultura, *jefes* de divisiones, *ministros de lo interior*, *Agiotage*, *Malgré*, *Mala-fides*, y otros términos que se encuentran en los planes, que acompañados de los dichos papeles se han hallado en Querétaro. ¿No están demostrando aun a los lerdos que es hijo de la Francia y de Napoleón el proyecto de Hidalgo, y que este ha sido la partera o comadrón de parto tan infernal?

Mor.— Confieso que me habéis dejado no sólo convencido, sino horrorizado.

Fil.— ¿Qué esperamos pues de bueno, de justo, de feliz, si engañados los pueblos corren a unirse a ese ministro ejecutor de las diabólicas intrigas del tirano Napoleón?

Mor.— Me vais metiendo en cuidado, Filopatro.

Fil.— Pues qué, ¿hasta ahora no lo tenias?

Mor.— A la verdad no muy grande. Porque como decían que solos los españoles europeos eran el objeto de estos ruidos, y yo soy de acá; no me daba mucha pena.

Acer.— ¡Apatía por cierto rara!

Fil.— Y criminal, y anticristiana. ¿Pues qué? ¿Tan poco os interesan el trastorno del orden público, la inquietud de vuestros hermanos, y sus peligros, las ofensas de Dios y el diluvio de males que amenazan a la religión, y a la patria?

Mor.— Sí; yo me alegraría de que las cosas se estuvieran quietas, y siguiese todo como lo encontré cuando abrí los ojos.

Fil.— Ni tanto, ni tan poco. El buen ciudadano debe desear que se reformen los abusos, que se hagan novedades útiles; con tal que ni se ofendan las leyes de Dios, de la Iglesia, y del reino; ni se aventure y pierda un bien seguro y probado, por una felicidad incierta y solicitada por medios torpes.

Mor.— Mi cuidado ahora con esos papeles y planes, que he visto, es porque veo en ellos que no son sólo los europeos, sino también los españoles americanos los que van a pagar el pato.

Acer.— Y aun los mestizos y demás castas. Pues no veis lo que dice aquí este *apunte* para las proclamas.

Mor.— ¿Qué dice?

Acer.— Oíd. Se les pintará a los indios con cuanto horror se pueda la injusticia y

crueledades con que los españoles conquistaron... Se les dirá que tienen usurpada su tierra... Se les ofrecerá quitarla del poder de los usurpadores, y repartírsela, y librarlos del yugo que los oprime... ¿Qué le parece a usted señor Morós? Adiós hacienda que le dejó a usted su tía, adiós trabajo del padre montañés y del abuelo catalán... ¿Cuándo volverá usted a ver el dinerito que ahora le dan los arrendadores?

Mor.— Pues en eso estaba yo pensando; y ese es mi miedo. Y digo: los ranchos que tienen en Tierra Caliente, y en Tierradentro, y por todas partes los mulatos, y otras castas, también irán a los indios, según el plan del señor Napoleón.

Fil.— Me acuerdo que desde que reprobé los nombres de *gachupines* y *criollos*, no se han vuelto a oír en nuestras conversaciones. Quizá sucederá lo mismo con el nombre de *mulatos*, que ahora pronunció Morós, y que ruego a ambos no lo volváis a usar.

Acer.— Así lo haré por mi parte.

Mor.— También yo ofrezco lo mismo.

Fil.— Y si fuera posible (¿y porqué no lo ha de ser?) tampoco había de usarse ya la palabra *indios*. Siempre he estado mal con esas distinciones tan odiosas.

Acer.— ¿Pues cómo nos hemos de entender?

Fil.— Como se entienden en todas las naciones cultas del mundo. Españoles se llaman todos los vasallos del rey de España, con la única distinción de ser unos castellanos, otros navarros, otros aragoneses; pues llámense españoles también los vasallos que el rey tiene en las provincias de la América. A más que ésta es la Nueva España; y con razón, y con justicia y con derecho debemos todos los que nacimos aquí llamarnos *españoles*.

Mor.— Poco a poco: que eso de llamarse españoles los indios y otras castas, se opone a las leyes eclesiásticas, o sagrados cánones, o concilios, o qué sé yo que hay en ello.

Fil.— ¿Estáis en vuestro juicio, Morós?

Mor.— Sí, señor; que yo he visto los libros parroquiales, que por decreto del concilio deben tener todos los curas para las partidas de bautismos, matrimonios y entierros, etcétera, y hay unos libros para los españoles, otros para los indios, y otros para otras gentes...

Fil.— Pero no equivoquéis las cosas. La Iglesia y los concilios no distinguen calidades ni castas. Esas diversidades de libros es más bien civil y profana que eclesiástica y sagrada; y el gobierno secular puede extinguirla. El motivo que hubo para esa distinción fue no confundir a los tributarios con los libres, y tener para la recaudación de los tributos una fuente a que recurrir, para sacar las listas.

Acer.— Pero hoy que ya el rey ha quitado los tributos a los indios, y este señor virrey en uso de sus altas facultades ha declarado también libres a todos los demás que lo pagaban, ¿para qué sirven esos libros, ni esas distinciones?

Fil.— Allá voy. Cesó la causa, y debe cesar el efecto. Todos somos ya iguales; todos somos hijos y vasallos del rey de España. Todos estamos bautizados de un mismo modo, y con un mismo sacramento; todos se casan con una misma bendición sacramental: todos se entierran, con más o menos pompa; pero con unas mismas oraciones sagradas. Por esto somos todos cristianos, sin distinción. Pues seamos y llamémonos todos españoles, ya que tenemos un sólo príncipe que es FERNANDO, rey de las Españas, y vamos con el favor del cielo a tener unas mismas leyes, libertad, derechos, y constitución. ¡Oh día feliz aquel en que encontrando yo un hermano mío de esos que ahora se llaman indios, mulatos, etcétera, y preguntándole ¿qué eres tú? me responda festivo, y con aire desembarazado: *Yo soy español, y como tal derramaré mi sangre por FERNANDO, y por todos mis hermanos los españoles!*

Mor.— Y luego para los órdenes sagrados, para los casamientos, para ponerse un

hábito, o una cruz ¡qué confusión habría!

Fil.— No habría tal, ¿la hay en España y otros reinos? ¿Acaso la limpieza de sangre, y la nobleza se justifican por las fes de bautismo? Esas sirven para saber que es uno cristiano. Después, otros papeles, documentos, informaciones y deposiciones de testigos son con lo que se prueban aquellas calidades.

Acer.— Y sobre todo: llamémonos hoy todos españoles; y acreditemos con las obras que somos dignos de este glorioso nombre; que después todo tendrá compostura.

OCTAVO

Filopatro, Aceraio y Morós

Mor.— Me parece, señor Filopatro, que os habéis olvidado de satisfacer cierta curiosidad, que días ha os manifesté, de saber si en esto de mitras, que es el bocado gordo de los eclesiásticos, hemos sido los españoles de por acá tan atendidos, como era menester.

Fil.— No me he olvidado. Han ocurrido otras especies, de que ha sido preciso hablar; y esto ha retardado el satisfaceros en el punto que deseáis. Pero no quiero que atribuyáis a falta de materiales el silencio que habéis notado. Aquí tenéis una lista, sino completa del todo, pero sí abundantísima, que os acabará de convencer del aprecio, consideración y justicia con que el gobierno español ha mirado siempre a sus hijos de América, literatos y beneméritos.

Acer.— Viene grandemente ahora en estos días ocupados con las funciones eclesiásticas de todos santos, y conmemoración de los difuntos; pues leyéndola, nos merecerán esos venerables y santos obispos alguna memoria y sufragio piadoso.

Mor.— Venga ese catálogo.

Fil.— Aquí lo tenéis. Mas advertid, que en el he incluido algunos sujetos, que no

nacieron, en la América; mas se criaron, educaron y florecieron en ella.

Mor.— ¡Oh! Ya eso no va bueno. ¿Y serán los más?

Fil.— No son los más. ¿Y qué quiere decir que eso no va bueno?

Mor.— Porque si algunos de esos nacieron en la antigua España, ¿qué gracia tiene que les dieran mitras?

Fil.— Señor Morós. Cuando el rey premia, honra y distingue a sus vasallos de América rara vez sabe ni tiene presente, ni menos indaga si nacieron aquí o allí. La cámara y el ministro nunca le dicen al rey: *Señor, aquí se proponen a vuestra majestad un vizcaíno, o un andaluz, o un montañés, que reside en Indias, para el obispado de tal o cual parte.* No amigo, no. El rey examina los méritos y no las cunas, y sólo se impresiona de aquellos, y del puesto o empleo, que goza el propuesto. Y así al consultarles para un obispado al deán de México, al catedrático de México, al provincial de México, su majestad siempre propenso a premiar y honrar a los mexicanos dignos, firma gustoso las gracias y propuestas.

Mor.— Ya... pero los ministros se valen de la ocasión; y ahí entran el paisanaje, las amistades, las relaciones, las pasiones, etcétera.

Fil.— Podrá ser. Pero ese es vicio de los hombres, no del gobierno. Quéjese Morós no me opondré del abuso, mas nunca será justa la queja contra la soberanía, contra la legislación.

Acer.— Y en caso de quejarse, sea al rey mismo, a la nación; y con franqueza noble, y confianza respetuosa; y no andar con chismes, hablillas, y especies bajas y mezquinas.

Fil.— Ni sería la vez primera que los españoles de acá han elevado al trono representaciones, que corren impresas en la misma corte de Madrid; y que recibidas con benigno agrado fueron despachadas con generosa y real munificencia.

Mor.— Bien, bien. Vamos a ver ese *catálogo*.

Acer.— Yo leeré: Catálogo de las mitras, que los reyes de España han provisto en los españoles americanos septentrionales; por orden alfabético de los nombres de los sujetos presentados.

A	MITRAS
Don fray Agustín Carvajal, agustino, natural de la Nueva Galicia, obispo de Panamá y de Guamanga.	2
Don fray Agustín Coruña, agustino, apóstol de Chilapa y Tlapa, obispo de Popayán.	1
Don fray Agustín Dávila, dominico, mexicano, arzobispo de Santo Domingo.	1
Don Agustín de Ugarte, americano, obispo de Chiapa, de Guatemala, de Arequipa y de Quito.	4
Don fray Agustín Zerralde, franciscano, natural de Tochimilco, arzobispo de México, obispo auxiliar de Sigüenza.	1
Don fray Alonso Benavides, franciscano custodio del Nuevo México arzobispo de Goa.	1
Don fray Alonso Bravo, franciscano, natural de Tepeaca, obispado de Puebla, obispo de Nicaragua.	1
Don fray Alonso Briceño, franciscano, americano, obispo de Nicaragua y de Caracas.	2
Don fray Alonso de Castro, agustino, mexicano, obispo de Concepción Chile.	1
Don Alonso de cuevas Dávalos, mexicano, obispo de Oaxaca, y arzobispo de México.	2
Don Alonso Fernández Bonilla, deán de México, obispo de Guadalajara y	2

arzobispo de México.	
Don fray Alonso Guerra, dominico, americano, obispo de Paraguay y de Michoacán.	2
Don fray Alonso Monroy, mercedario, visitador de su orden en América, obispo de Puerto Rico.	1
Don Alonso de la Mota, mexicano, obispo de Nicaragua, de Panamá, de Guadalajara, y de Puebla de los Ángeles.	4
Don Alonso Muñoz, mexicano, obispo de Chiapa.	1
Don Alonso Peralta, arcediano de México, arzobispo de Charcas.	1
Don Alonso Velasco, mexicano, arzobispo de Manila.	1
Don fray Alonso de la Veracruz, agustino, doctor y catedrático de México, obispo de Honduras y de Michoacán.	2
Don Ambrosio Valdés, natural de la Nueva España, obispo del Nuevo Reino de León.	1
Don Andrés de Arce y Miranda, natural de Huejocingo, obispo de Puerto Rico.	1
Don Andrés Piensa, provisor y juez de testamentos de México, obispo de Yucatán.	1
Don fray Andrés Quiles, franciscano, natural de Celaya, diócesis de Michoacán, obispo de Nicaragua.	1
Don fray Andrés Ubilla, hijo del convento de Santo Domingo de México y su provincial, obispo de Chilapa y de Michoacán.	2
Don fray Antonio Alcega, franciscano, hijo y obispo de Yucatán.	1
Don Antonio Bergoza, inquisidor de México, obispo de Oaxaca y arzobispo de	2

Guatemala.

Don fray Antonio Ciudad Rodrigo, franciscano, misionero y provincial de México, obispo de Guadalajara. 1

Don fray Antonio de san Fermín, hijo y provincial de San Alberto de México, obispo de Santa Cruz de la Sierra. 1

Don fray Antonio González Acuña, dominico, americano, obispo de Caracas. 1

Don fray Antonio Hinojosa, dominico, mexicano, obispo auxiliar de Guatemala. 1

Don fray Antonio López Portillo, franciscano, guadalajareño, obispo de Comayagua. 1

Don fray Antonio Monroy, dominico, Queretano, obispo de Michoacán, y arzobispo de Santiago de Galicia. 2

Don fray Antonio Sacedon, franciscano, misionero de la Nueva España, obispo del Nuevo Reino de León. 1

Don Antonio Villaseñor, natural de Sultepeque, diócesis de México obispo de Durango. 1

B

Don fray Baltasar Covarrubias, agustino, natural de México, obispo de Nueva Cáceres, de Oaxaca, y de Michoacán. 3

Don Bartolomé de Benavente, hijo de conquistadores de esta Nueva España, obispo de Oaxaca. 1

Don fray Bartolomé de las Casas, dominico misionero de esta América, obispo de Chiapa. 1

Don Bartolomé González Soltero, natural de México, obispo de Guatemala.	1
Don fray Bartolomé Ledesma, dominico, doctor y catedrático de México, obispo de Oaxaca y de Panamá.	2
Don Benito Vázquez, Colegial de Santos en México, y canónigo de Michoacán, obispo de Castelamar, en Italia.	1
Don fray Bernardo Albuquerque, provincial de los dominicos de México, obispo de Oaxaca.	1
Don Bernardo Balbuena, estudiante y colegial de México, abad de Jamaica y obispo de Puerto Rico.	1
Don Bernabé Díaz de Córdova, poblano, arzobispo de Manila.	1

C

Don Carlos Bermudes de Castro, poblano, arzobispo de Manila.	1
Don fray Cayetano Pallás, prior de Santo Domingo de México, obispo de Nueva Segovia.	1
Don Cristóbal Pedrosa, americano, chantre de México, obispo de Honduras.	1

D

Don fray Damian Galinzoga, hijo y guardián de San Francisco de México, obispo de Sonora y de Tarazona.	2
Don Diego Beños, americano, obispo de Santa Marta, y de Caracas.	2
Don fray Diego Chávez, hijo del convento de San Agustín de México, obispo de Michoacán.	1

Don fray Diego Contreras, agustino, natural de México, arzobispo de Santo Domingo.	1
Don Diego Gómez Angulo, abogado de México, provisor de Guatemala, y deán de Puebla, obispo de Oaxaca.	1
Don fray Diego Gorospe, dominico, poblano, obispo de la Nueva Segovia.	1
Don Diego Guevara, mexicano, arzobispo de Santo Domingo.	1
Don fray Diego Herrera, agustino de México, obispo en Filipinas.	1
Don fray Diego Landa, provincial de San Francisco de Incantan, y obispo allí.	1
Don Diego Malpartida, natural de Huejocingo, obispo de Durango.	1
Don Diego Mercado, deán de Michoacán, obispo de Yucatán y arzobispo de Manila.	2
Don Diego de Rivas, americano, obispo de Comayagua y de Guadalajara.	2
Don fray diego Trujillo, hijo de San Francisco de México, y catedrático de su Universidad, obispo de Cebú.	1
Don fray Domingo Betanzos, vicario general de Santo Domingo de México, obispo de Guatemala.	1
Don Fray Domingo Lara, provincial de Santo Domingo de Chiapa, obispo de allí.	1
Don fray Domingo Salazar, dominico, misionero de la Florida y de Chiapa, prior de México, arzobispo de Manila.	1
Don Fray Domingo Valderrama, dominico, americano, obispo de la Paz, y arzobispo de Santo Domingo.	2
Don Feliciano de la Vega, americano, obispo de Popayán, de la Paz y arzobispo de México.	3

Don fray Felipe Galindo, veracruzano, provincial de Santo Domingo, obispo de Guadalajara.	1
Don Fermín Fuero, doctoral de Guadalupe, deán de Oaxaca, obispo de Chiapa.	1
Don fray Fernando Basan, hijo, prior y provincial de Santo Domingo de México, obispo de ...	1
Don Fernando de Ortiz de Hinojosa, mexicano, obispo de Guatemala.	1
Don fray Francisco Armentia; mercedario, natural y doctor de México, obispo de Nicaragua.	1
Don Francisco Aguilar, mexicano, arzobispo de Manila.	1
Don Francisco Deza, mexicano, obispo de Guamanga.	1
Don Francisco Figueredo, americano, obispo de Popayán, y arzobispo de Guatemala.	2
Don Francisco Ibarra, caraqueño, obispo de Guayana y de Caracas.	2
Don Francisco Mendiola, oidor de Guadalajara y su obispo.	2
Don fray Francisco Naranjo, dominico, mexicano, obispo de Puerto Rico.	1
Don fray Francisco Núñez, americano, obispo de Chiapa.	1
Don fray Francisco Rivera, mercedario, visitador de México, obispo de Guadalajara y de Michoacán.	2
Don fray Francisco Rousset, franciscano, misionero de Nueva España, obispo de Sonora.	1
Don Francisco Santos, chantre de México, obispo de Guadalajara.	1
Don Francisco Siles, natural de Real del Monte, arzobispo de Manila.	1
Don fray Francisco Toral, custodio y provincial de San Francisco de México,	1

obispo de Yucatán.

Don fray Francisco Ximenes, franciscano, misionero de México, obispo de Oaxaca. 1

G

Don García de Legaspi, mexicano, obispo de Durango, de Michoacán y de Puebla. 3

Don Gerónimo Carcamo, mexicano, obispo de Trujillo... 1

Don fray Gonzalo Hermosillo, agustino, mexicano, obispo de Durango. 1

Don fray Gonzalo Salazar, agustino, mexicano, obispo de Yucatán. 1

J

Don Jacinto Olivera, oaxaqueño, obispo de Chiapa. 1

Don José Adame, mexicano, arzobispo de Manila. 1

Don José Arancibia, doctoral y tesorero de Puebla, obispo de Antioquia. 1

Don José Calama, lectoral de Puebla, deán de Michoacán, obispo de Quito. 1

Don José Duarte, doctoral y tesorero de Puebla, habanero, obispo de Puerto Rico. 1

Don José Flores, duranguense, obispo de Nicaragua. 1

Don José Gómez de la Parra, poblano, obispo de Cebú. 1

Don fray José Granados, franciscano de la Nueva España, obispo de Sonora y de Durango. 2

Don José Huerta, natural y obispo de Nicaragua. 1

Don José Millán Pobrete, poblano, obispo de Cagayan en Filipinas. 1

Don José Serruto, mexicano, obispo de Durango. 1

Don fray José Sicardo, agustino, doctor mexicano, arzobispo de Sacer en Cerdeña. 1

Don fray José Vital, mercedario, comendador de México, y provincial, obispo de Chiapa.	1
Don fray José Xiron, natural y obispo de Nicaragua.	1
Don Juan Agurto, mexicano, obispo de Puerto Rico y Caracas.	2
Don Juan Aguirre, mexicano, obispo de Durango.	1
Don fray Juan Álvarez toledo, franciscano, natural de Guatemala, obispo de Chiapa, de Guatemala y de Guadalajara.	3
Don fray Juan Arechederra, dominico, doctor y catedrático mexicano, obispo de Nueva Segovia.	1
Don fray Juan Ayora, provincial de franciscanos de Michoacán, y obispo de allí.	1
Don Juan Barrios, protector de Indios de México, obispo de Guadalajara.	1
Don Juan Batres, guatemalteco, obispo de Santa Marta.	1
Don Juan Bohorques, dominico, mexicano, obispo de Venezuela y de Oaxaca.	2
Don fray Juan Cabezas, dominico de Santo Domingo, obispo de Cuba, y Guatemala y Arequipa.	3
Don Juan Cano Sandoval, mexicano, obispo de Yucatán.	1
Don Juan de Castorena, natural de Zacatecas, obispo de Yucatán.	1
Don Juan Cepeda, canónigo mexicano, obispo de la Nueva Segovia.	1
Don Juan Cervantes, mexicano, obispo de Oaxaca.	1
Don Juan Díaz de Arce, mexicano, arzobispo de Santo Domingo.	1
Don Juan Domínguez, natural de Atlixco, obispo de Cebú.	1
Don Juan de Eguiara, mexicano, obispo de Yucatán.	1
Don Juan de Escalante, canónigo de Yucatán y su obispo.	1

Don fray Juan de San Francisco, franciscano, apóstol de Tehuacan, provincial de México, obispo de Yucatán.	1
Don Juan García Palacios, mexicano, obispo de Cuba.	1
Don Juan Gómez Parada, guadalajareño, obispo de Yucatán, de Guatemala, y de Guadalajara.	3
Don fray Juan González Mendoza, agustino de México, obispo de Lipari, de Chiapa, y de Popayán.	3
Don fray Juan Izquierdo, guardian de Guatemala, obispo de Yucatán.	1
Don Juan de Jáuregui, poblano, obispo de Durango y de Caracas.	2
Don fray Juan Medina Rincón, hijo, y provincial de San Agustín de México, obispo de Michoacán.	1
Don Juan de Merlo, natural de Nopalucan, diócesis de Puebla, obispo de Nueva Segovia y de Honduras.	2
Don Juan Milán Pobrete, mexicano, arzobispo de Manila.	1
Don fray Juan Ramírez, dominico, misionero de la Mixteca, y lector de México, obispo de Guatemala.	1
Don Juan Rentarúa, mexicano, obispo de Nueva Segovia.	1
Don Juan Ignacio Rocha, seminarista, doctor, catedrático, cura, y canónigo de México, obispo de Michoacán.	1
Don Juan Rosillo, americano, obispo de Vera-Paz y de Michoacán.	2
Don Juan Salcedo, mexicano, renunció varias mitras.	2
Don Juan Sanz de Mañozca, mexicano, obispo de Cuba, de Guatemala, y de la Puebla.	3

Don fray Juan Torres, franciscano de México, obispo de Nicaragua.	1
Don fray Juan Zapata, agustino, mexicano, obispo de Chiapa y de Guatemala.	2

L

Don Leonel de Cervantes, mexicano, obispo de Santa Marta, de Cuba, de Oaxaca y de Guadalajara.	4
Don fray Luis de Cifuentes, hijo del Convento de Santo Domingo de México, doctor y catedrático de esta Universidad, obispo de Yucatán y de Guadalajara.	2
Don Luis Peñalver, habanero, obispo de la Luisiana, y arzobispo de Guatemala.	2
Don fray Luis Vallejo, hijo y provincial de Santo Domingo de México, obispo de	1
Don Lorenzo de Horta, mexicano, obispo de Yucatán.	1

M

Don Manuel Abad y Queipo, juez de testamentos y canónigo penitenciario de Michoacán, obispo de Michoacán.	1
Don Manuel Escalante, americano, chantre de México, obispo de Durango y de Michoacán.	2
Don Manuel Endaya, natural de Filipinas, obispo de Oviedo, y arzobispo de México.	2
Don Manuel González del Campillo, americano, obispo de la Puebla.	1
Don fray Manuel Mimbela, guardián de Zacatecas, obispo de Panamá, de Oaxaca y de Guadalajara.	3
Don Manuel Osio, natural de Celaya de Michoacán, obispo de Cebú.	1

Don Manuel Rojo, natural de Tula, diócesis de México, arzobispo de Manila.	1
Don Martín Elizacochea, canónigo y deán de México, obispo de Cuba, de Durango y de Michoacán.	3
Don Martín de Espinoza, natural de Michoacán, obispo de Honduras.	1
Don fray Martín Hojacastra, comisario de San Francisco de México, obispo de la Puebla.	1
Don fray Mateo Zamora, americano, franciscano, obispo de Yucatán.	1
Don fray Martín Vázquez, dominico, americano, obispo de Puerto Rico.	1
Don Melchor de la Cadena, mexicano, obispo de Chiapa.	1
Don Miguel Pobrete, mexicano, arzobispo de Manila.	1
Don Miguel Zilieza, guatemalteco, obispo de Chiapa.	1

N

Don Nicolás Gómez Cervantes, mexicano, obispo de Guatemala y de Guadalajara.	2
Don Nicolás del Puerto, oaxaqueño, obispo de Oaxaca.	1
Don Nicolás de la Torre, mexicano, obispo de Honduras y de Cuba.	2
Don fray Nicolás Zaldivar, agustino, mexicano, obispo de Nueva Cáceres.	1

P

Don fray Pedro Agurto, agustino, doctor y catedrático de México, obispo de Cebú.	1
Don fray Pedro Angulo, hijo de Santo Domingo de México, apóstol de Guatemala, obispo de Vera-Paz.	1
Don Pedro Barrientos, mexicano, obispo de Durango.	1

Don fray Pedro de la Concepción Urtiaga, natural de Zacatecas, franciscano, obispo de Comayagua.	1
Don fray Pedro Delgado, prior y provincial de México, arzobispo de Charcas.	1
Don fray Pedro Feria, prior y provincial de Santo Domingo de México, obispo de Chiapa.	1
Don Pedro Granero, inquisidor de México, arzobispo de Charcas.	1
Don Pedro Moya, inquisidor de México, arzobispo de México.	1
Don fray Pedro Pardo, americano, arzobispo de Guatemala.	1
Don fray Pedro Peña, dominico, doctor mexicano, obispo de Vera-Paz y de Quito.	2
Don fray Pedro Pravia, dominico, doctor y catedrático mexicano, obispo de Panamá.	1
Don Pedro Reyna, americano, canónigo de la Puebla, obispo de Cuba.	1
Don Pedro Sánchez Aguilar, yucatanos, obispo de Santa Cruz de la Sierra.	1
Don Pedro Sánchez Tagle, inquisidor de México, obispo de Durango y de Michoacán.	2
Don fray Pedro Suárez, agustino, mexicano, obispo de Guadalajara.	1
Don Pedro Tamaron, doctor, cura y canónigo de Caracas, obispo de Durango.	1
Don Pedro Valencia, americano, obispo de Guatemala y de la Paz.	2
Don Pedro de Vega Sarmiento, deán de México, obispo de Popayán y de Guatemala.	2

R

Don fray Ramón Casaus, dominico, doctor y catedrático mexicano, obispo de	2
---	---

Rosen y de Oaxaca.

S

Don Santiago Echeverría, habanero, obispo de Cuba y de la Puebla.	2
Don fray Sebastián Rivero, franciscano de México, obispo de la Paz.	1

T

Don Tomás Berlanga, dominico, provincial en América, obispo de Panamá.	1
Don fray Tomás Blanes, dominico de la Isla Española, obispo de Chiapa.	1
Don fray Tomás Cárdenas, dominico, prior de Zacatula, obispo de Vera-Paz.	1
Don fray Tomás Casillas, dominico de Guatemala, obispo de Chiapa.	1
Don Tomás Montaña, mexicano, obispo de Oaxaca.	1
Don fray Tomás Ortiz, vicario general del orden de Santo Domingo en México, obispo de Santa Marta.	1
Don Teobaldo de Rivera, mexicano, cura del arzobispado de Toledo, renunció el arzobispado de Manila, y los obispados de Puerto Rico, Durango y Urgel.	4

V

Don Vasco de Quiroga, oidor de México, obispo de Michoacán.	1
Don Victoriano López, canónigo de la Puebla, obispo de la Puebla, de Tortosa, y de Murcia.	3

Total **259**

NONO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— ¡Qué días tan tristes y tan amargos hemos pasado, querido Filopatro!

Mor.— Ni ha habido gentes en los portales, ni puestos de dulces y ofrenditas, ni paseo de noche, ni cosa alguna de diversión, que tan festivos e interesantes han hecho siempre en México las vísperas y días de todos santos y conmemoración de los difuntos.

Fil.— ¿Con que eso os ha tenido incomodado?

Mor.— Cierto.

Acer.— ¡Jesús, qué hombre tan insensato! Y los insurgentes tan cerca de México; y las tropas en movimiento; y el susto de las familias, y el desvelo, lágrimas y aflicción del bello sexo y la consternación general que en cada casa se observó estos días, ¿no os han merecido algún cuidado más, que la falta de dulces, y bulla de los portales?

Mor.— Ya... eso sí... también, también.

Acer.— Pues eso es lo que para mí ha hecho amargos y terribles estos días.

Fil.— Sin embargo, yo los llamaré desde hoy días gloriosos y plausibles: días de honor y de inmortal y dulce memoria en los fastos de la virtud y lealtad mexicana.

Mor.— Sois raro siempre en vuestros juicios.

Fil.— Para aquellos que juzgan sin principios, y no penetran mas allá de la corteza de las cosas, siempre parecerá extraño el modo de pensar de quien medita, combina, reflexiona y saca consecuencias, fundado en los axiomas de la religión, del honor y de la virtud, y guiado del hilo de oro de una razón libre y despreocupada.

Mor.— Será así; aunque no os entiendo bien. Pero el mal siempre es mal; el susto, susto; y triste lo que es triste. Y aunque yo pensé que Aceraio se quejaba por la falta de diversiones de estos días, no dejé de afligirme en ellos por los demás motivos que ha

expuesto.

Fil.— Pues reflexionad ahora conmigo el feliz resultado de todo ese cúmulo de funestidades.

Acer.— ¿Cuál ha sido?

Fil.— En primer lugar los malvados no sólo han sido resistidos, sino rechazados, escarmentados, y dispersos; su temeraria tentativa les ha salido muy cara; y los infelices seducidos han visto por experiencia que los jefes de la insurrección los han sacrificado inicuaamente.

Acer.— Eso ya me lo dijiste el primer día, Filopatro: *que echarían por delante a los indios, para que sirvieran de carnaza a las primeras descargas.*

Fil.— Así ha sucedido puntualmente. Más de tres mil de esos miserables han perecido. En lo que se deja conocer que ni la multitud de hombres da ventajas, cuando están indisciplinados; ni los insurgentes tienen plan militar, táctica, ni dirección; cuando hemos visto que menos de mil soldados que les opusimos en el monte de las Cruces, detuvieron el ímpetu de veinte mil, y tanto estrago hicieron en ellos.

Acer.— Es cosa prodigiosa.

Mor.— ¿Conque no se han portado mal los milicianos? ¿Conque el atole no cría cobardes?

Fil.— Lo que hace cobardes es el delito, la mala conciencia, y la mala causa. El soldado fiel, religioso, y honrado, o aliméntese con jamón y vino, o con vaca, tortillas y atole, siempre será valeroso, siempre feliz, y siempre digno de elogios. Hubo de todo en esta acción; y todos hicieron prodigios. Pelearon unidos y como hermanos; y ved aquí el dulce y glorioso fruto de la concordia, y otro de los felices resultados, que os indiqué. Pero hay más.

Mor.— Seguid pues.

Fil.— Hemos visto por experiencia que tenemos un virrey de una serenidad tan admirable, de una actividad tan asombrosa, de tanta pericia, tino y acierto en lo militar y en lo político, que podemos descansar tranquilos en los brazos de su gobierno.

Acer.— Ya teníamos bastantes noticias de esas bellas prendas.

Fil.— Sí. Pero esto de haberlas tocado ya por nuestros ojos y nuestras manos es, amigo, de gran consuelo, y de suma confianza para un pueblo, que vacila entre temores. Mas todavía.

Mor.— Vaya usted echando.

Acer.— Hay ciertos sueños sabrosos; y hay entre los despiertos algunas ideas halagüeñas, que pintan hermosas y agradables perspectivas; ocultando empero los barrancos, derrumbaderos y precipicios que median entre nosotros y ellas, para alcanzarlas. Tal podrá haber sido la que alguno o soñando o despierto se haya formado de una independencia, cual dicen que predica el apóstata Hidalgo, y que debería ser el fruto de una revolución general, a que el ha tenido osadía de dar principio.

Mor.— ¿A dónde va a parar todo ese prólogo?

Fil.— Bien claro está. ¿Os parece que el que tiene alguna idea práctica de los peligros y amarguras, de las zozobras y crueles tormentos que preceden y acompañan a la consecución de un objeto, de cuya bondad, honestidad y dulzura se duda todavía; os parece, digo, que tan fácilmente se arroja a él?

Acer.— Sería una imprudencia. Por lo que es evidentemente bueno, glorioso y útil puede el hombre arrostrar con los peligros y los trabajos; mas si la cosa es mala, sería ser mártires de la maldad.

Fil.— Ahora bien. ¿Si la proximidad a ocho leguas de veinte mil insurgentes; si el

aparato militar, que vimos, para salirles al encuentro; si el ruido de las cureñas que pasaban por nuestras calles; si los piquetes y partidas que atravesaban; si las ordenanzas de dragones que corrían de una a otra parte; si la confusión de la gente honrada, si las lágrimas de las mujeres y niños; si la zozobra, el miedo, el terror, que ocupaba a cada familia en el encierro de sus casas; si las dudas melancólicas que asaltaban generalmente a todos; si faltará mañana el pan, carne y demás alimentos? ¿Si habrán derrotado los insurgentes nuestras tropas? ¿Si entrarán esta noche en la ciudad los indios mecos y flecheros? ¿Si incendiarán, si robarán, si matarán?

Mor.— ¡Qué especies tan melancólicas! ¿Dónde vais a parar?

Fil.— ¿Pero son ciertas?

Mor.— Sí; en mi casa no me dejaron dormir dos noches con esas y otras especies.

Acer.— Lo mismo sucedió en todas partes.

Fil.— Pues quien vio eso, ¿creéis que aunque antes hubiese tenido algún mal pensamiento de ver logrados los proyectos de Hidalgo, le quedaría gana de que se realizasen? ¿Es lo mismo ver los toros en las gradas o palcos, que en la plaza y enfrente del toril?

Mor.— ¡Zape!

Acer.— Yo por mí digo que renegué mil veces aquellas noches de Napoleón, de Hidalgo, y de cuantos proyectistas de revoluciones ha habido en el mundo; y que si hubiera tenido un monte inaccesible, a donde acogerme, hubiera huido al primer cañonazo.

Fil.— ¿Para qué? ¿Pues qué sucedió? Esta pintura que yo he hecho, y cuyo original visteis vosotros más vivo, sólo sirve para alegrarnos de haber experimentado en pequeño, en sombras nomás, lo duro, lo amargo, lo cruel de los preparativos de una revolución. ¿Qué sería ella misma, si por desgracia se verificara entre nosotros, en este pueblo inmenso, en

esta capital del imperio mexicano? Mas gracias a Dios, nuestra conmoción fue santa, noble, leal; conmoción de ánimos afligidos; conmoción interior de afectos, con que detestamos a los perturbadores infames de nuestra tranquilidad y reposo, con que maldecíamos sus proyectos, con que pedíamos al cielo su confusión, la felicidad de nuestros defensores, el acierto del gobierno y nuestra serenidad.

Mor.— Es evidente. Yo estuve tamañito. Creía yo que esto de revolución no era mas que decir y hacer; mandar, digamos, de mandones; y quedarse cada uno quieto como antes. Pero así que vi que la víspera de todos santos tan alegre en México, se volvió noche triste; y la noche de difuntos, noche de infierno, dije: no es esto lo que nos conviene; quietos bolos, y vamos viviendo como Dios manda.

Fil.— Finalmente. Llamo y llamaré dulces y gloriosos estos días, porque en ellos se ha acrisolado la fidelidad del pueblo mexicano, acreditando del modo más público, enérgico e incontestable que ni está corrompido, como acaso habían imaginado los medrosos, los ligeros de cascos, y algún otro malsín; ni es capaz de apartarse un punto de los deberes de la santa y pura religión que profesa, de su antigua, perpetua y acendrada lealtad, y de los nobles y generosos sentimientos de amor, paz y concordia entre sus ciudadanos.

Acer.— Sí; ya se desengañaran con estos hechos de que por nuestra parte no hay odio formal de unos contra otros. Piques particulares, personales resentimientos, y alguna emulación ha podido haber de una y otra parte; que si se ventilasen, vendríamos a parar en nada. Pero odio, eso no lo permita Dios; y ya se ha visto, y siempre que se ofrezca se darán pruebas de una verdadera hermandad.

Mor.— Como el carácter de los americanos es tan blandito, pronto hacemos migas; pero nada adelantamos si el genio duro de los de allá no conviene en que las comamos

juntos en amor y compañía.

Fil.— Tenéis señor Morós, algunos dichos felices; pero soléis equivocar las ideas. Ni los españoles de acá son tan blanditos, como decís, ni los españoles de allá son de genio duro, como habéis asentado. La blandura es virtud cuando denota la suavidad del corazón y la docilidad del genio; y estas prendas nadie las ha negado a los españoles americanos, porque la semilla española trasplantada a estos países benignos produce la fruta más suave. Mas la blandura que significa afeminación, flojedad y cobardía no se halla ciertamente en los hijos de los españoles, que nacen por acá; porque es tan espirituosa la semilla, que por otra combinación maravillosa de la naturaleza, lejos de debilitarse, suele adquirir más energía.

Acer.— Lo vemos en los vegetales. Los pimientos dulces de Valencia sembrados acá, son picantes; y las aceitunas de allá dan acá mejor aceite.

Fil.— Vamos al caso. Eso que Morós, llama genio duro en los europeos, necesita mucha explicación. Si aquí nos hubiese escuchado un extranjero, habíamos hecho buen negocio; porque entendería que nos quejábamos de la dureza del gobierno español.

Mor.— No, señor Filopatro: os protesto que no hablo en ese sentido.

Fil.— Créolo así; habláis del carácter personal. Y en eso tampoco tenéis mucha razón. El andaluz es arrogante, pero festivo y gracioso. Y nuestros habaneros no les llegan en esto; y acaso les exceden en aquello. Los valencianos son tan dulces y suaves como los poblanos. Los catalanes parecen algo broncos por su dialecto, pero son hombres de corazón sincero. Los vizcaínos tienen una entereza que parece dureza; y no es sino efecto de educación y costumbres sobrias; ¿pero qué pueblo hay que les iguale en alegría y franqueza? Los montañeses parecen sombríos y ásperos; pero su alma es el depósito de la honradez. El aragonés fiel amigo; el castellano siempre generoso. En fin los franceses

notaban a los españoles europeos de *fanfarrones*; y examinando su alma cantaron después la palinodia. Los que son altivos verdaderamente, orgullosos e insufribles son los mismos franceses, cuya corteza encubre alacranes como los verdes árboles de tierra caliente. Mas los españoles han sido acá las abejas laboriosas, que bajo de la corteza del corcho han formado en sus hijos y nietos el precioso panal de dulce miel y blanda cera.

DÉCIMO

Filopatro, Aceraio y Morós

Mor.— ¡Cuánto gusto me ha dado oír a Filopatro la honradez suma de los montañeses!, porque me toca de medio a medio por mi padre.

Acer.— ¿De qué montañas era vuestro padre? ¿De las de Burgos o de las de Santander?

Mor.— No señor; algo más alto.

Acer.— Pues sería natural de las montañas de Judea.

Mor.— No sé a punto fijo. De lo que me acuerdo haber oído a mi padre es, que en su tierra, como era montaña, hacía más frío que en México; y por eso creo que era montañés.

Acer.— ¿Pues qué? ¿No os dejó algunos papeles de nobleza, o fes de bautismo, por donde pudierais saber vuestro origen?

Mor.— No señor; nada de eso para en mi poder, ni he visto.

Fil.— Pues sacamos en limpio que podéis descender de las alpujarras, o de sierra Morena, o de Monserrate, o de Guadarrama, o de Mariola, o del Cervero; y tal vez de los Pirineos o de los Andes.

Acer.— Por el apellido puede sacarse.

Fil.— ¡Oh, amigo! En todas las provincias de España, Indias y de todo el mundo hay muchos *moroses*. Esa alcuña está extendida por todas las cuatro partes del orbe; y ya en tiempo de Salomón era infinito el número de sus individuos. Lo que puedo decir es que el apellido *Morós* desciende de las montañas del Carmelo; a lo menos *Nabal*, marido de Abigail, que era natural de allí, fue de la familia de Morós. Y en otra parte leo que los príncipes de Táneos emparentaron con los *moroses*.

Mor.— Vea usted lo que es hablar con hombres eruditos. No me cambio ahora por el más estirado Hidalgo.

Acer.— Me acuerdo que días pasados dijisteis que vuestro abuelo era vizcaíno; ¿si saldremos con otra como la del padre montañés?, si no conserváis papeles genealógicos, ¿de dónde os consta que era vizcaíno, vuestro abuelo?

Mor.— Eso sí lo se por un borrador, o memoria testamentaria que mi abuelo dejó en Chachalatlán, donde tenía su casa.

Acer.— ¿Qué decía la memoria?

Mor.— Hablando de lo que dejaba, y de sus tres hijos, dice: *item: dejo tres vizcainitos*; por donde se infiere que era vizcaíno su merced.

Fil.— Habéis dado al traste con todo, señor Morós. Vuestro abuelo no era vizcaíno, sino de los naturales de este reino: y esos tres *vizcainitos*, no eran sus hijos, sino tres *burritos*, que sin duda tenía al tiempo de morir. Porque sabido es que los naturales llaman así, no se por qué, a aquellos animalitos.

Acer.— Conque sacamos en resumidas cuentas, que ni el padre de Morós era montañés, ni vizcaíno su abuelo.

Mor.— El diablo que pueda contestar con ustedes, que todo lo embrollan y enrulan.

Fil.— No perdamos tiempo en bagatelas. El hombre de bien es ciudadano y patricio

de todo el mundo. El picarón aún en su mismo país debe mirarse como extranjero. El amor respeto y gratitud son los caracteres de la verdadera filiación. Quien se interesa por el bien y prosperidad del país, donde vive, ese es verdadero hijo suyo. Por el contrario el que no piensa en conservar el antiguo honor de su Patria, que no se alegra de verla poblada, y floreciente, que sólo trata de disfrutarla, sin hacer por su prosperidad y aumentos sacrificios personales; es un hijastro, un abortivo, un monstruo.

Acer.— ¿Qué entiendes, amigo, por sacrificios personales?

Fil.— Todo genero de servicios, que cuestan y duelen, pero que de ellos resulta la honra, decoro, y utilidad del país, que se está gozando. Dar dinero cuando es menester, aunque se cercene de la comodidad, y aun de la decencia; emplear alguna parte del tiempo, que suele gastarse en negocios propios, en diversión, o en descanso; ceder de caprichos y opiniones propias, y conformarse con el juicio de los padres de la patria; olvidar resentimientos y aun injurias personales por atender a la conservación de la paz y defensa de la república.

Acer.— No me dirás, querido Filopatro, ¿de dónde nace originalmente la desunión y contrariedad de pensamientos en una sociedad, aun en los momentos más críticos de su salud?

Fil.— Entre los hombres que saben pensar no hay uno siquiera que ignore que el *amor propio* es la fuente, raíz y principio de todos los males morales y políticos.

Mor.— De eso hemos heredado todos una porción considerable.

Fil.— Sí: mas se aumenta o disminuye en cada individuo considerado en el estado natural, en razón de la ilustración, y de las virtudes que se adquieren y cultivan: las cuales siempre son imperfectas y algunas veces hijas también del *amor propio*, si la gracia sobrenatural no las produce y acompaña.

Acer.— ¿Conque los cristianos son los que pueden y deben tener menos *amor propio*; y por consecuencia las sociedades de los que creen y profesan el Evangelio debían ser los más felices en lo moral y aún en lo político?

Fil.— Es constante: porque el amor de Dios y de los hombres entre sí, son los dos ejes del cristianismo, y los únicos que destruyen al enemigo de la sociedad, que es el *amor propio*.

Mor.— ¿Pues cómo, habiendo sido gentiles los griegos y los romanos, a cada paso se nos crían ejemplos de su patriotismo?

Fil.— Es una vergüenza que se estimule a los ciudadanos cristianos para el amor de la patria con las acciones y conducta de las repúblicas de los paganos; y una monstruosidad escandalosa, que las historias de los griegos, y otros pueblos, nos presenten en cada página mil sacrificios del *amor propio*; y que en las actas del reino de México, cristiano y católico, apenas encuentre media docena la posteridad.

Mor.— Señor Filopatro, no todos estamos obligados a ser héroes; harto haremos con guardar los diez mandamientos.

Fil.— Esperad ¿Estáis obligado vos, y todos los cristianos a guardar la caridad, según nos lo enseñó el Evangelio; y la explica después San Pablo?

Mor.— Sin duda.

Fil.— Pues oíd cómo escribe el apóstol a los fieles de Corinto. *La Caridad* (dice entre otras cosas) *no busca sus provechos*. Esto es, como exponen los santos padres; el hombre adornado de la caridad, sin la cual no hay vida eterna, no busca su propia utilidad con detrimento del bien de sus hermanos; sólo mira la gloria de Dios y el provecho del prójimo; y prefiere perder su bien temporal, sus conveniencias, su reposo, siempre que se siga perjuicio a sus hermanos, en conservarlos.

Mor.— Os habéis metido a misionero.

Fil.— Estas máximas y doctrinas siempre deben ser la materia de la meditación, de la conversación y de la observancia de todo hombre de bien, y cristiano. Y cuando la necesidad y las circunstancias lo exigen, todo ciudadano debe ser misionero a su modo...
¿Pero qué bulla es esa que oigo en la calle?... Aceraio, asómate a la ventana...

Acer.— Es bulla alegre...

Fil.— Sin embargo; baja e infórmate del motivo.

Mor.— Nada alegre hay que esperar ahora.

Fil.— Al contrario pienso yo. Por momentos espero las más plausibles noticias.
¡Santo Dios cumple mis deseos!

Acer.— Albricias, Filopatro. La gavilla de Hidalgo ha sido derrotada completamente entre Arroyo Sarco y Aculco: cañones, pólvora, dinero, y equipajes, todo ha caído en nuestras manos...

Fil.— ¡Bendito sea Dios eternamente! El negocio es concluido. ¿Pero hemos tenido mucha pérdida?

Acer.— No me han dicho.

Fil.— Vuelve, amigo, vuelve a informarte más por menor.

Mor.— ¿Conque esta comedia se ha acabado en la primera jornada?

Fil.— ¿Pues queríais vos que durase más?

Mor.— ¿Quererlo? No tanto. Pero creía yo que teníamos fiesta para muchos meses.

Fil.— ¿Fiesta llamáis esa horrible tempestad, eso nublado negro y espantoso que apareció sobre nuestro horizonte y cuyo aparato anunciaba mil desgracias?

Mor.— ¿Conque teníais miedo, como cada hijo de vecino?

Fil.— ¿Miedo? Jamás cupo en mi corazón. Tenía sí un cuidado prudente, y aquel

recelo que se funda en la misma inconstancia de las cosas humanas. Y para decíroslo más claro, temía, pero no a los hombres; sino a Dios, que se vale de los instrumentos más flacos para castigar las culpas del pueblo. Preguntadle a Aceraio lo que dije el primer día: *La revolución de Hidalgo es mal grande, es chispa infernal; mas no hay que temer consecuencias mayores; no se extenderá el fuego; se apagará en su origen.*

Mor.— Ya me ha dicho; mas ya vuelve.

Fil.— ¿Qué has adelantado, amigo?

Acer.— Que no tuvimos más de un muerto, y dos o tres heridos; que les hemos tomado 11 cañones, cien cajones de pólvora, 14 coches, que huyeron precipitados por las barrancas los cabecillas.

Fil.— No tardarán en caer. Esta es la ocasión, en que los mismos pueblos seducidos, y aun los mismos cómplices pueden redimir su crimen con entregar a los seductores.

Acer.— Se han portado los comandantes, los oficiales, y la tropa.

Fil.— No podía ser otra cosa. ¿Qué te dije Aceraio en nuestra primera conversación? ¿Te acuerdas bien? ¿No lo has visto cumplido?

Acer.— Digo que eres profeta. Llamaste a Allende *general de comedia*, y dijiste que *no tenía talento militar, que en la primera ocasión apurada dejaría perdidos a sus secuaces, o por falta de valor, o de providencias, y los abandonaría a ser víctimas de la justicia, y el oprobio de sus compatriotas*; todo esto y más, pronosticaste desde el primer día.

Fil.— ¡Infelices! Pagarán los males que han hecho, la consternación en que han tenido a los buenos; y lavarán con su sangre la mancha que han pretendido echar en el blanco armiño de la lealtad mexicana.

Mor.— ¿Qué? ¿A todos los matarán?

Fil.— Todos son reos de muerte ignominiosa. Pero ni la humanidad, ni la religión, ni la política, nobleza y generosidad del gobierno ilustrado español, hará correr arroyos de sangre. Los cabecillas pagarán con su cabeza; pues fueron los seductores; a otros se darán castigos ejemplares a proporción de su malicia, y parte que han tenido. Se escarmentará a los pueblos; se premiará a los buenos y honrados. El delito no quedará impune, ni la virtud sin recompensa. Se restituirá el orden donde se haya turbado. Volverá la tranquilidad general, la paz, la alegría. El jefe superior de este reino, que ha sido nuestro ángel tutelar, se convertirá todo a la felicidad pública. La madre España recibirá en un mismo día el disgusto de esta pequeña revolución, y el gozo de quedar ya extinguida. Y el infame Corso, que se lisonjeaba de habernos ya incendiado, rasgará de cólera su pecho al saber que si hubo cuatro americanos insensatos infieles, y prostituídos, que pudo corromper por sus emisarios, han desaparecido en un momento; y quedan cuatro millones de verdaderos españoles deseando la ocasión de despedazar al pie del nopal de México las rapantes águilas de su tiránico imperio.

UNDÉCIMO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Gracias a Dios, querido Filopatro, que no haya seguido adelante tu indisposición. Nos tenías en gran cuidado.

Fil.— Lo agradezco: no fue cosa.

Mor.— El gran gozo que recibió el otro día con la derrota de los insurgentes en Aculco le causo algún trastorno.

Fil.— No es extraño; tanto suele matar un gusto extraordinario, como una pesadumbre. Y a la verdad que no era una friolera lo que íbamos a interesar en el lance.

Mor.— ¡Caramba! Mi rentita estaba ya en peligro.

Fil.— Eso es lo menos. El buen patriota no ha de atender a los intereses personales, sino a los del público. Ni la hacienda, ni la vida propia deben ser en tales casos el objeto de la atención y cuidado del ciudadano hombre de bien. La patria sola merece sus conatos.

Mor.— Bien. La patria somos todos; y en cuidando cada uno lo suyo, está salvada la patria.

Fil.— No está eso bien digerido. Mejor diríais: la patria es la sociedad de individuos unidos entre si, y recíprocamente asistidos, y ayudados bajo la dirección de un poder y autoridad legítima; y en cuidando de la conservación de esta sociedad, están salvados los derechos o intereses de cada uno de los miembros, que la componen. De otro modo dirigiéndose cada miembro por sí mismo sin unión ni respeto a la comunidad, se seguiría la confusión, el trastorno, y la destrucción de todo el cuerpo por la debilidad, dispersión, y desorden de las partes.

Acer.— ¿Ya que se ha tocado este punto quisiera, amigo Filopatro, que me dijeras y explicaras qué es *patria*, y qué se entiende por un buen *patriota* o ciudadano?

Fil.— ¿Diga primero Morós, qué entiende por *patria*?

Mor.— ¿Yo? El pueblo donde nace uno.

Fil.— ¡Bravo! ¿Y por *patriota* qué entendéis?

Mor.— Eso es bien claro. Los que andan ahora con uniforme azul y ojales de plata, rondando y haciendo guardias.

Fil.— No esperaba yo definiciones más propias, de vuestra cabeza. Vaya: te diré, amigo Aceraio, algo sobre lo quó deseas saber; y escúcheme con atención el señor Morós, y no vaya luego a equivocar las especies allá con sus parientes de una y otra banda.

Acer.— Ya te escucho.

Mor.— Y yo atiendo.

Fil.— *Patria* es aquella sociedad más o menos extendida, en medio de la cual nuestros padres hallaron lugar, tiempo y libertad de engendrarnos. Y desde aquí a lo menos debe empezar el hombre a contar la serie de los beneficios, que debe a la patria. Esta sociedad dio abrigo, seguridad y alimentos a la madre para no malograr el fruto que llevaba en el vientre, y los auxilios para darlo felizmente a luz. En esta sociedad halló el recién nacido cuna y aire saludable que respirar por la primera vez. Y desde este momento lo alistó la patria en el número de sus deudores; y le abrió cuenta en su libro de oro, para asentar todas las partidas, que después debía irle abonando el hombre a proporción de las facultades de éste, y de las necesidades de aquélla.

Acer.— Eso está algo pintoresco.

Fil.— No amigo: son ideas reales y efectivas. Yo, por ejemplo, no podía existir, si esta patria no me hubiera proporcionado tal padre y tal madre; si a mi madre no le hubiera surtido esta patria de alimentos, y dádole al abrigo de las leyes y de la policía tranquilidad para nutrirme en sus entrañas, y sosiego, y más o menos proporciones y comodidades para darme a luz, alimentarme y conservarme en la infancia.

Mor.— ¿Y los miserables nacidos en un petate, o en el suelo, cuyas madres por su pobreza no tienen ni leche qué darles; y se crían así débiles y enfermitos; y luego mueren?

Fil.— Si mueren por la miseria; ya existieron de contado; y entre los cristianos, no se puede dudar del imperdonable bien que la patria les ha hecho. Por lo demás la diferencia que hay entre la condición, y mayor o menor riqueza y abundancia de los padres, sólo prueba la mayor obligación de unos sobre otros a su patria.

Acer.— Prosigue.

Fil.— Sale el hombre de la infancia, y ya la sociedad le tiene facilitados beneficios

de mayor precio. Escuelas en que educarse; libros en que instruirse; maestros, que son los padres del espíritu. Síguense mil caminos que le presenta abiertos para que escoja por cual quiere buscar su subsistencia honesta, y felicidad temporal. También le presenta otros más seguros para la eterna. Esos caminos no los abre el hombre; ya los halló abiertos y establecidos por la sociedad; y bien preparados y dispuestos.

Mor.— ¿Y qué hacemos con un hombre puesto en medio de uno de esos caminos, solo, desamparado?

Fil.— Nada de eso. En cualquiera de ellos encuentra el hombre protección y auxilios: leyes, administración de justicia, defensa contra los malvados, y premios y recompensas para los servicios y escritos extraordinarios. La sociedad le proporciona las delicias del trato humano, el desahogo del santo amor conyugal, el bien de la propagación; el fomento de la perfección evangélica: porque hablamos de una sociedad y patria de cristianos. Todo es objeto de esta desvelada y cariñosa patria para hacer felices en su seno a los hombres, y para proporcionarles que lleguen a serlo en el seno eterno de Dios, que es el principio y autor y el último fin y objeto de la sociedad y de todos sus individuos.

Acer.— Pero al fin esta sociedad, esta patria, ¿quién la formó? ¿cómo existe? ¿a quién la debemos?

Fil.— Supuesto amigo mío, que no son, como ya puedes conocer, las paredes de las casas, ni las calles de los pueblos, ni el terreno de los campos, los que debe llamarse patria: y supuesto también que hablamos ahora de la nuestra, te responderé por partes. Esta sociedad, en que nosotros hemos nacido la formaron los hombres menores en número que los que hoy existimos, pero mayores y mejores que nosotros por su valor, su aplicación al trabajo, su industria, sus talentos y sus virtudes. El cielo los protegió; y otro poder humano ilustrado también del cielo les dio los auxilios necesarios para el establecimiento de esta

sociedad.

Mor.— ¿Y qué hombres fueron esos?

Fil.— Los españoles conquistadores, pacificadores, pobladores y gobernadores de la Nueva España.

Mor.— ¿Pues qué? ¿Cuando esos vinieron no había aquí sociedad de hombres?

Fil.— Había hombres, y muchos; pero no tenían ni formaban esta hermosa sociedad cristiana, ilustrada, política y pacífica, que hoy gozamos y de la que nos reputamos miembros. Nueva religión: la verdadera nueva legislación, más racional: ciencias y artes desconocidas, y necesarias. ¿Queréis vos ser hijo de aquella sociedad antigua, o de esta que hoy gozamos?

Mor.— No: de ésta.

Fil.— Ahora bien. Aquellos españoles con el auxilio de Dios, y con el de los reyes católicos de España fundaron esta patria, donde hemos encontrado cuna, educación, modos de vivir, y medios de salvarnos.

Acer.— ¿Y cómo subsiste esta patria después de tres siglos?

Fil.— Subsiste y se mantiene, y ha prosperado increíblemente de día en día; lo primero, porque se fundó sobre muy sólidos cimientos; y lo segundo porque continuamente se ha reparado, aumentado y hermoñado con la protección de aquel alto y soberano gobierno. Y con esto te he indicado también a quiénes debemos la sociedad que gozamos: a España.

Acer.— Conque prescindiendo de que nuestros padres fuesen o no fuesen españoles, siempre sale que los que nacen en este reino deben a España la patria que poseen.

Fil.— Es evidente. La tierra templada, el cielo benigno, Dios lo dio.— Pero esto bastaría, si fuésemos sólo animales. Mas siendo también racionales, la religión que nos guía

a nuestro último fin, las leyes, las artes, las ciencias y todas las comodidades de la vida civil, ¿a quién se deben sino al generoso gobierno español?

Mor.— Pues qué, ¿Dios no es autor también de todo eso?

Fil.— Siempre habéis de ser necio. Dios es autor y causa primera de todo. Pero él solo crió el cielo y la tierra y él solo es autor inmediato de las cosas naturales. Mas las morales y civiles los dispone por medio de los hombres. La Nueva España siempre sería apreciable por su temperamento y hermosura y riquezas naturales. Con todo eso sería habitada de gentiles hasta el fin del mundo; no se daría en ella culto al Dios verdadero; sus habitantes vivirían sin conocimiento de las ciencias y de las invenciones más sublimes del ingenio humano, si el señor no se hubiese dignado de ilustrar estas regiones con la luz de la fe y con la comunicación de las naciones cultas, entre las cuales eligió a la española, como la más católica, las más generosa, la más amable de todas las del universo.

Acer.— Mucho debe la América, después de Dios, a los españoles.

Fil.— Pues el que mucho debe, ¿qué obligación tiene?

Mor.— Eso es bien claro, pagar.

Fil.— Ve ahí que habéis hablado sabiamente; y que me hace creer que la falta de ideas, y no la malicia, os hace hablar alguna vez desconcertadamente.

Mor.— Confiesoos, señor Filopatro, que desde que frecuento vuestro trato y comunicación voy como despertando de mil boberías, en que me hallaba sumergido.

Fil.— Si yo lograra, señor Morós, desterrar de todos vuestros parientes las preocupaciones; veríais qué vida de ángeles teníamos de aquí adelante.

Mor.— Ya van dos veces que me habláis de mis *parientes*, ¿quiénes son esos? Y antes me dijisteis que los de una y otra banda. Explicaos.

Fil.— Yo os tengo por español; y aunque no seáis descendiente de vizcaíno ni de

montañés; es forzoso que descendáis de alguna provincia de allá. Y como en todas ellas, como en las de América, hay *moroses*, quisiera yo que todos, que supongo ser vuestros parientes, sino en la sangre, en el modo de pensar, se convirtiesen al partido de la razón y de la justicia.

Mor.— En oyendoos discurrir, es forzoso mudar de opinión. Ponéis las cosas tan claras, que sólo un bruto dejara de percibir las.

Acer.— Falta ahora que nos explique, querido Filopatro, ¿quién es el verdadero *patriota*?

Fil.— Es tarde ya; estoy algo indispuerto, y tengo que hacer. Volved el sábado, y os daré gusto. A Dios.

Acer.— Él te guarde.

Mor.— Agur

DUODÉCIMO

Filopatro, Aceraio y Morós

Fil.— ¿Conque he de explicaros quién es el *verdadero patriota*?

Acer.— En esto quedamos el sábado anterior.

Mor.— Que es decir: ocho días que ha que no nos vemos, ni hablamos. Parece que el señor Filopatro se va cansando de platicar.

Fil.— Si no tuviese otras ocupaciones indispensables, y si me lo permitiera la salud, no habría para mí mayor delicia que gastar todos los instantes en *diálogos patrióticos*. Pero hay otras obligaciones, a que es forzoso acudir; y por otra parte anda mi salud achacosa, y también es preciso conservarnos para mayores necesidades, a que puede llamarnos la madre patria.

Mor.— Sí, sí. Es fuerza conservar el individuo. Todos hacemos lo mismo.

Fil.— Mas con alguna diferencia. Unos conservan el individuo, huyendo de todo trabajo y aun de la más pequeña incomodidad: de modo que quisieran no sólo no consumirse, pero ni gastarse en la parte más pequeña. Y otros en el mismo trabajo procuran conservarse para mayores fatigas, que pueden sobrevenir; huyen de aniquilarse, pero no temen gastar metódica y paulatinamente sus fuerzas en obsequio de la comunidad; siempre dispuestos a sacrificarse del todo, si el bien público lo pide.

Acer.— Vamos a nuestro asunto. ¿Qué es un patriota?

Fil.— Ya estamos rato ha en eso negocio. ¿Pues no lo habéis advertido? Pero vamos adelante. *Un buen patriota, o un buen ciudadano* (que todo es lo mismo) *es aquel que observa por principio invariable ser tan útil, cuanto le es posible, a la patria o sociedad, de que es miembro.* Según esta definición ya conoceréis, que el bien público, y no el personal, es el objeto del buen Patriota.

Mor.— ¿Y cómo podrá verificarse ese gran objeto, si el hombre no mira por su bien particular, y procura conservarse a sí mismo? ¿De qué servirá al cuerpo humano un brazo maltratado, o paralítico?

Fil.— No embrollemos la conversación. Hablamos de una sociedad o cuerpo ya constituido, y compuesto de sus partes o miembros. Suponemos a estos sanos, y aptos para sus funciones; y si no lo fuesen, el cuerpo será vicioso o imperfecto. ¿Lo que deseáis saber es cuál de aquellos miembros cumple con su obligación? ¿O cuál debe llamarse digno miembro de aquel cuerpo?

Acer.— Eso es puntualmente lo mismo que deseo saber, ¿cuál de los miembros de la patria merece llamarse patriota digno, o digno miembro de la sociedad?

Fil.— A eso respondí que el que pronto siempre y siempre dispuesto a servir al

cuerpo, se emplea en la conservación de este. El buen patriota pues no debe vivir una vida indolente más expuesta a la sensualidad que a la especulación, y que lo aleje de pensar siempre sobre el bien común, y sobre las obligaciones recíprocas de los miembros de la sociedad. El interés de éstos resulta de mirar todos por aquel; y en cesando o interrumpiéndose la asistencia de los individuos, se sigue la confusión, luego el trastorno del cuerpo, y finalmente la destrucción de este, que no es otra que la destrucción de los mismos miembros.

Mor.— Metafísico está eso; y poco perceptible a los que como yo no hemos saludado a Aristóteles.

Fil.— No es necesario haber leído a Aristóteles, para conocer los principios y las obligaciones de buen ciudadano; y por otra parte ved aquí el origen del pococo patriotismo.

Acer.— ¿Cuál es?

Fil.— La ignorancia en que se crían muchos jóvenes de una materia tan necesaria. ¿Cómo ha de ser? Se lo explicaremos más de bulto a Morós.

Mor.— Gracias, señor Filopatro.

Fil.— ¿Qué diríais de los ojos de un hombre, que se empleasen todos en gozar de la belleza de la luz, y en la hermosura y variedad de los colores; pero que cuando el hombre los necesitase para percibir un objeto importante, para conocer el camino, y huir de los tropiezos y derrumbaderos, lo abandonasen, y precipitasen en un hoyo?

Mor.— Renegaría de tales ojos divertidos, viciosos e inútiles.

Fil.— ¿Qué haríais con un brazo envuelto en fina holanda, que sólo hallaba recreo con tentar la blanda seda, que sólo se entretenía en columpiarse del hombro, o en abrigarse en pecho caliente; pero que ni os llevaba el alimento a la boca, ni os sacaba la espina clavada en el pie, ni se adelantaba para encontrarse con la pared, con el suelo, o con un

alfanje, antes que vuestra cabeza?

Mor.— Me lo cortaría antes.

Fil.— Ved aquí el retrato de un ciudadano, que divertido en sus placeres, y entregado a sus regalos; o que ocupado todo de su personal interés, ni sirve a su patria con sus luces, ni la fomenta en sus necesidades, ni la defiende en su peligros. ¿Lo habéis ya comprendido?

Mor.— Demasiado claro ha estado todo eso.

Acer.— ¿Y cuáles son las resultas?

Fil.— Perecerá la patria por la indolencia de sus hijos; que es decir: se destruirán esos hijos que componen la patria. Así como pereciendo el cuerpo humano por descuido de los ojos, y por inercia de los brazos, ni existirán los brazos, ni existirán los ojos.

Acer.— Dinos ahora, ¿qué especie de servicio debe a su patria el buen patriota?

Fil.— Todos cuantos exijan la conservación esplendor, felicidad y necesidad de la patria. El respeto en primer lugar a las leyes, y autoridad Soberana; que sería una quimera si se quedase en un mero afecto reverencial, y no se perfeccionase y acreditase con una efectiva y escrupulosa obediencia a sus disposiciones. El empleo de los talentos, y de los brazos en los diferentes ramos con que la sociedad subsiste, se mantiene, se aumenta y engrandece. Así gozaremos sin rubor de los bienes, a que todos los demás contribuyen, y nos quedará la satisfacción de haber contribuido nosotros a que nuestros hermanos también disfruten aquellos.

Mor.— Sí; lo que es trabajar, más o menos todos lo hacemos, por la cuenta que nos tiene.

Fil.— Ojalá que no hubiese tantos vagabundos y holgazanes, que como los zánganos de las colmenas, viven en la república alimentándose con la miel que trabajan

otras abejas laboriosas. ¿En que trabajáis vos?

Mor.— ¡No es nada! En escribir cartas a los arrendatarios remolones y trapaceros, para que me adelanten los tercios; y en mil viajes de un barrio a otro de la ciudad, para que los inquilinos de mis casitas no se escapen con los alquileres. Como, me divierto, y gasto la renta que Dios me dio.

Fil.— ¿No tenéis algún cuidado, alguna atención?

Mor.— Soy hombre solo; sin codicia; y por ese no comercio, ni expongo mi hacienda a un granizo o a un hielo por el interés de una gran cosecha.

Fil.— Eso prueba que no es en vos muy vehemente el deseo de tener más; pero también se convence que tenéis mucho amor y apego al dinero, que es acaso lo peor de la avaricia. ¿Y por qué no buscáis un empleo honroso, ya que tenéis bienes para servirlo con decoro?

Mor.— No soy ambicioso de honores, ni quiero que el diablo me lleve por el orgullo. Así me va bien, y me río de todos los que hacen papel en la república.

Fil.— Ve ahí lo sumo del orgullo y de la soberbia. Vos os creéis superior a todos, os amáis demasiado, y despreciáis a los demás. ¿Por qué no tomáis estado, pues os ha dado Dios facultades para criar y mantener una familia más en la sociedad?

Mor.— No me habléis de eso. ¿Yo meterme en obligaciones de ese tamaño? No, señor; el buey suelto bien se lame.

Fil.— ¿Y dónde estaríais si vuestro padre hubiera hecho esa misma cuenta? Mas apuremos el interrogatorio. ¿Qué haríais, si todos los hombres pensasen como vos, y proporcionalmente observasen la misma conducta?

Mor.— Buen provecho. ¿A mi qué mal me resultaba?

Fil.— Sois un consumado epicurista. Pero vamos adelante. Vos no queréis trabajar

para tener ciento, porque estáis contento con cincuenta. Luego podría suceder que el que tiene cinco se contentara con ello y despreciara diez por no trabajar.

Mor.— Y haría muy bien.

Fil.— También podrían los que hoy habitan las ciudades, y sudan en varios oficios para pagar en ellas una casa, ahorrarse de tanto sudor y gasto, contentándose con un jacal en un pueblo.

Mor.— Bien podían.

Fil.— Y nada extraño sería que los que hoy sirven al público en la magistratura, en el comercio, en las artes, etcétera, de uno en uno viniesen a ser tan filósofos como vos, y a seguir vuestras máximas.

Mor.— En penetrándose de ellas, como yo lo estoy, no sería extraño.

Fil.— ¿Y nada de eso os importaría a vos?

Mor.— No hallo porqué.

Fil.— Pues considerad primero a vuestros arrendatarios, que os dejan las fincas, porque piensan tan filosóficamente como vos; y contentos con sus *cinco*, no quieren ya vuestros *diez*; y pensad que todos los labradores de la comarca siguen tu ejemplo, y nadie quiere serviros. Síguense luego vuestros inquilinos que molestados de vuestras visitas, y a filosofados también se van a vivir Tanepantla o a Chalco; y que su ejemplo es imitado de otros y otros, y os dejan las casas vacías. Después los que ahora os surten de víveres, de ropas, etcétera, y los que cuidan de vuestra seguridad, y derechos, contaminados con vuestras máximas, dejan los empleos y oficios; y que por último a vuestro ejemplo nadie se casa, o andan todos lamiéndose solos como el buey. ¿Os parece que quedaba patria o sociedad; y que quedabais vos con las rentitas de arrendamiento; y alquileres?

Mor.— Es que ponéis un imposible. ¿Como habían de hacer todos lo que decís?

Fil.— No lo harían. Pero vos acabáis de decirme que ningún daño os resultaría, si lo hiciesen; y yo os he convencido; y de todo resulta que el que obra y piensa como vos, hace por su parto un mal a la sociedad y bien público; y que si son muchos ponen a la patria en peligro; y que si fueran todos se acabaría la patria. Señor Morós, tenemos celebrado un pacto sagrado con la sociedad, que nos obliga a servirla, y sacrificarnos por su prosperidad; una tácita convención de los que vivimos bajo un gobierno de concurrir con igual ardor al bien público; el que cumple es buen patriota.

Mor.— Yo no firmé jamás tal pacto o contrato.

Fil.— Firmolo la misma naturaleza, que supuesta la mutua necesidad, sujeta los hombres a asistirse recíprocamente, y a que cada uno sacrifique una parte de sus intereses a la subsistencia de la comunidad. Por tanto si Morós quiere que no le engañen, no ha de engañar; si tiene por injuria que le roben, no debe robar; si desea lo asistan en sus cuitas, debe él socorrer las de sus prójimos; si pide que el estado le defienda, debe él defender al estado con su persona, dinero, espada, pluma u oraciones al cielo.

Acer.— Habéis hecho el verdadero retrato de un patriota.

Mor.— ¿Conque un patriota no es precisamente un militar?

Fil.— El sabio que instruye, el togado que juzga con integridad, el eclesiástico que predica la religión verdadera y la moral sana, el que administra con pureza el tesoro público, el que cultiva el campo, el que trafica los mares en sus mercancías, el que en cualquier arte u oficio permitido trabaja: todos son patriotas.

Mor.— ¿Y los distinguidos de Fernando VII qué son?

Fil.— Ya lo dijisteis: *patriotas distinguidos*; y muy dignos por el gracioso e importante servicio militar que están haciendo en México, de la gratitud y elogios de todos los patriotas paisanos.

DECIMOTERCIO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Vergüenza no da, querido Filopatro, lo poco que he hecho por la patria, a vista de lo mucho que le debo, y de las necesidades en que se halla.

Fil.— Amado Aceraio, tú tienes mucha familia; tus arbitrios son escasos; y cincuenta pesos que diste en el primer donativo, cuarenta en el segundo, treinta en el tercero, diez que ofreciste para armas, los doce pares de zapatos, que enviaste a España, y cuatro pesos que acabas de dar para la importante obra de las zanjas, acreditan bien tu patriotismo. Y esa vergüenza que manifiestas, creyendo haber hecho poco, es la mayor prueba de un corazón verdaderamente virtuoso y patriota.

Acer.— Sólo me consuela que los dos muchachos, que tengo sirviendo al rey, completarán con su porte y servicios los que yo no puedo hacer personalmente.

Fil.— ¿Y te parece poco? ¿Que nos diga Morós cómo y con qué ha contribuido hasta ahora para las urgencias de la patria?

Mor.— Como mi renta no me viene de España; y no la habían de coger los franceses, no he dado cosa alguna.

Fil.— ¿Y no os llenáis de rubor? Pues cuando nada perdierais de vuestros intereses pecuniarios en la ruina de España, (que sí perderíais, y os lo haré ver) a lo menos la gratitud a la madre de vuestros abuelos, que os dejaron qué comer, el ejemplo de tantos compatriotas generosos, la caridad, la humanidad. ¿Pero qué digo? La obligación sagrada que os impone el precepto cuarto de la ley de Dios, ¿no os han movido a extender la mano en socorro de esa patria atribulada y menesterosa?

Mor.— Yo hablo de lo pasado: hablo del tiempo en que no os había oído discurrir sobre estas materias.

Fil.— Pues bien, ¿qué habéis adelantado?

Mor.— Que es ya preciso desembuchar algo; porque esta polvareda, que tan cerca nos han levantado el cura de los Dolores, y sus satélites, va a dejarme arruinado, si no se le echa agua.

Fil.— Todavía no estáis convertido, señor Morós. No os estimula sino el vil interés. Sólo habláis de los males que tenéis a la vista; y creed que son los menores. Mucho daño han causado ya los revoltosos de Michoacán, de que se resentirán los labradores, los mineros, las rentas reales, y las eclesiásticas. Pero su exterminio, y las providencias de un gobierno sabio remediarán esos perjuicios. Esa enfermedad ha atacado un brazo; ¡cuánto más grave la que padece la cabeza! Os resolvéis a socorrer al brazo, porque está en peligro de no serviros, ¿y dejáis que la cabeza perezca sin aplicarle por vuestra parte un fomento?

Mor.— No; ya estoy resuelto a dar alguna cosita. Pero esta obra de las zanjas, que el señor virrey ha emprendido para librar a México de una invasión de esos hombres desalmados, merece la preferencia. Pues no ve usted señor Filopatro, que si por desgracia tenemos otra tentativa, como la del día de los difuntos, y llegan a entrar en la ciudad, adiós casas, adiós alquileres, adiós renta. Ya me han pellizcado algo en el campo. Bien que los arrendadores han sufrido el mayor daño. Mas acá dentro sería el mal todo para mi.

Fil.— Estad tranquilo en esa parte. Las zanjas o fosos que se están abriendo son obra utilísima y muy económica para el resguardo de México contra invasores y contrabandistas, para la conducción de víveres y materiales de obras, y aun para la hermosura. Pero no tengáis miedo de que se repita la del día de todos santos. La nube huye conjurada y deshecha.

Acer.— Por tanto debéis ahora aplicar vuestros socorros a la madre España, que si perece por falta de alimento y asistencia de sus hijos; entonces sí que disteis al traste con

todo el mayorazgo.

Mor.— ¿Cómo?

Fil.— Es bien claro. ¿De dónde os parece que han nacido las convulsiones que hemos notado en algunos pocos y pequeños miembros de esta parte de acá del gran cuerpo de la nación española? ¿No es cierto que del ataque que el infame Napoleón ha dado al cerebro?

Mor.— Sí; atacada la cabeza, todos los demás miembros se resienten.

Fil.— ¿Y cuáles han sido las consecuencias, que vos mismo habéis experimentado, de esas pequeñas convulsiones de Tierradentro?

Mor.— Sustos en primer lugar, malos días y peores noches; falta de correspondencia de los arrendadores, y falta de libranzas, porque interceptaban las cartas; y peligro de perder la renta.

Fil.— Eso decís vos por la parte que os ha tocado. Y yo quisiera que oyeseis aquí sobre esto mismo al minero, a quien la mina se agrió ya, o a quien interceptaron sus barras; al comerciante cuyos fardos cayeron en manos de esos ladrones, y cuyo giro está parado; al pobre capellán, cuyo capital y réditos se perdieron en una finca destruida por esos bárbaros; al labrador, cuyas trojes fueron saqueadas, y cuyos campos quedarán este año sin sembrarse; a la mujer e hijos del soldado que pereció en el monte de las Cruces, o anda todavía al sol y al frío tras de los bandidos; a los mendigos y pobres de solemnidad, que por la enorme disminución de los diezmos, recibirán menor socorro en los años próximos; en fin a todas las clases del estado.

Mor.— Ya me hago cargo; y ya he oído mil lástimas sobre la materia.

Fil.— Pues si esos males, daños y perjuicios ha ocasionado una pequeña, despreciable, y casi ya extinguida convulsión de unos cuantos pueblos, miembros del gran

cuerpo de nuestra vasta monarquía, originada del mal que ataca nuestra común cabeza, la España: decidme cuando ésta sucumba, se rinda, y muera a la violencia de la enfermedad napoleónica, y por falta de medicinas y de alimentos, que nosotros podemos y debemos suministrarle, ¿qué esperáis que suceda a todos sus miembros?

Acer.— Hablemos de nosotros: de esta hermosa parte de tan digno cuerpo.

Fil.— Tiemblo de imaginarlo. Entonces será general el trastorno, más horrible la confusión, y más terribles las consecuencias por la multitud y variedad y contradicción de opiniones; por el desenfreno de las pasiones; por la insubordinación; por la sorpresa misma, que cuando menos nos dejará paralíticos, y expuestos a ser presa incauta de los más atrevidos.

Mor.— Como el gato escaldado huye aun del agua fría, os aseguro que me habéis azorado con esas pinturas.

Fil.— No son pinturas, ni agua fría. Son cosas infalibles y terribísimas.

Mor.— ¡He! Puede que entonces se tratasen las cosas con serenidad, y se arreglase la cosa lo mejor que se pudiese.

Fil.— No lo creáis. Si una larga y peligrosa enfermedad de una madre de familias, trastorna una casa, resabia a los domésticos, y a los hijos los trae sin sujeción, si son jóvenes; y sin tino ni acuerdo si son sensatos. ¿Esperáis el día del fallecimiento otra cosa que lágrimas, confusión y atolondramiento?

Mor.— Para ese caso son los parientes, amigos y vecinos.

Fil.— ¡Ah! ¡Que esos serían los más crueles enemigos en nuestro caso! Herencia rica, hijos menores y huérfanos, ¡qué sería de nosotros! No hay que fiar de nadie en tales casos. Lo más seguro y mejor es que no se muera el enfermo; y para esto es necesario no perdonar gasto alguno de médico, botica, asistentes, y alimentos, cueste lo que costare.

Mor.— Tenéis mil razones. Mientras vivió mi tía, ella tomaba cuentas, ella ponía y quitaba arrendadores y administradores, ella me traía hecho un pino de oro; y yo jamás pensé en otra cosa que en disfrutar y regalarme. Y apenas murió su merced, os aseguro que comencé a tener mil trabajos; me han hecho muchas drogas, me han robado; los arrendadores juegan conmigo; los criados y criadas después de amohinarme todos los días, me traen mal cuidado. La mitad de lo que tengo daría de buena gana porque resucitase la difunta y volver al estado antiguo.

Fil.— Celebro que hayáis experimentado en vuestra persona una cosa semejante a la que sucedería a la América, si le faltase su madre España. Esta es una señora de mucho respeto en Europa y en todo el mundo; y por ella hemos sido nosotros también respetados. Ella nos cuida, ella nos surte de cuanto habemos menester; ella fomenta nuestras riquezas, nuestra ilustración y nuestra felicidad; ella mantiene ejércitos y armadas para nuestra defensa; ella medita leyes y sabias ordenaciones para nuestro gobierno, y ella escoge y envía jefes, que las hagan observar. Y nosotros hasta aquí no hemos hecho mas que disfrutar las delicias de un país benigno, la paz de una legislación suave, la seguridad en nuestras propiedades, y la libertad más verdadera, que los filósofos no han podido encontrar hasta hoy en sus nuevos sistemas.

Acer.— Estoy por decir, querido Filopatro, que aquella *jauja*, o país afortunado, que se pinta a los niños, para entretenerlos; donde los ríos son de leche, los arroyos de miel, las piedras rosquillas, las peñas quesos; y los montes, tierras y arenas, pan, harina y arroz; donde los árboles producen vestidos de todos géneros y tamaños; y donde las ramas se bajan con el fruto dulce y sazonado hasta la boca misma del que se recuesta a su sombra; es propiamente nuestra América.

Mor.— ¡Ojalá! ¡Quién se viera en él!

Fil.— En mirando lo que Aceraio dice como una alegoría; y en sabiendo aplicarla, no dudéis que estáis en *Jauja*. Mas, ¡ay de mí! ya no estáis. Turbose nuestra antigua felicidad, huyó de nuestro suelo la alegría pura que gozábamos a dos mil leguas distantes de los horrores de la guerra; y tres hombres malvados, tres furias del infierno han encendido en nuestro suelo la tea horrible, cuyo humo fétido ha llegado ya a incomodarnos. ¡Hombres perversos! ¡Cuántos males habéis metido en el país más bienaventurado de la tierra! Desde que Cortés hizo español el imperio de Moctezuma, no se había oído aquí un tiro de cañón, ni los buitres se habían alimentado con cadáveres de nuestros hermanos, derribados por las balas, las espadas y las lanzas. Mirad el monte de las Cruces, contemplad el campo de Aculo, y los cerros de Guanajuato y decidme, ¿por qué habéis hecho perecer más de quince mil infelices indios? ¿Es esta la felicidad que les prometíais? Volved los ojos a esa multitud de miserables expatriados de sus pueblos, huyendo por los montes, hambrientos y estropeados, llorando por sus hijos y mujeres; y obligados ya por la necesidad en que les habéis puesto, a continuar los robos para subsistir. ¿Es esta la libertad que les ofrecisteis? Revolucionarios necios, atolondrados, ignorantes y malvados, ¿es este el fruto de vuestro plan ridículo, inicuo, impolítico, y torpemente forjado, y más torpemente ejecutado?

Acer.— No te exaltes, querido amigo: no te aflijas...

Fil.— No me aflijo por las consecuencias; no hay ya que temer mayores males; los causados se remediarán fácilmente. Es muy sano, muy robusto este cuerpo; y una leve indisposición no es capaz de enfermarlo gravemente. Pero no tendré de aquí adelante bastantes lágrimas para llorar el atentado de esos hombres, y la sangre inocente que se ha vertido por su antojo infernal.

Acer.— ¿Sangre inocente? ¿Cuál es esa?

Fil.— La de nuestros valientes soldados; la de los desgraciados y fieles presos de

Guanajuato; y la de los incautos y sencillos indios.

Mor.— Son unos perros.

Fil.— No son, sino nuestros hermanos menores, seducidos, y disculpables. Yo os lo probaré otro día.

DECIMOCUARTO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— ¡Válgate Dios por enfermedades! ¡Y cómo persiguen a nuestro Filopatro! Ya te habrán dicho, amigo, que diariamente he venido a preguntar por tu salud.

Mor.— Y yo lo mismo.

Fil.— He sabido vuestro cuidado; y estoy agradecido a ambos.

Mor.— ¿Y qué tal está ya la cabeza? ¿Podremos ya platicar de cosas?

Fil.— Hablad lo que quisierais; yo contestaré lo que pudiere; con la pretexto de que cortaremos la conversación cuando me acomode.

Acer.— ¿Qué dices de lo que hicieron los insurgentes en Guanajuato? Cercados ya, rendidos, y bajo la ley del vencedor, sin otro recurso que implorar su clemencia; se arrojan al lugar donde tenían encerrados más de doscientos españoles infelices, y se encarnizan en ellos como lobos hambrientos, despedazándolos, de modo, que no ha sido después posible conocerlos por sus cadáveres desnudos y destrozados.

Fil.— Calla amigo; no renueves en un corazón humano la memoria de atrocidad tan espantosa. Se horroriza la naturaleza de oír tan execrable maldad; y no atino yo a encontrar en las historias de los pueblos bárbaros un ejemplar semejante de sevicia y de fiereza.

Mor.— Y quería el señor Filopatro, después de eso, disculpar a los indios.

Fil.— Advertid que ni son esos delitos los que yo pudiera disculpar jamás; ni son

los indios, que llamé disculpables, los que cometieron aquellos horribles asesinatos.

Mor.— Lo primero es fácil de comprender; lo segundo necesita de explicación.

Fil.— Es muy fácil. Me dolía yo días pasados, y nunca se apartará de mi corazón esa espina, de ver derramada tanta sangre inocente por el criminal tanto como desatinado proyecto de Hidalgo; y en esta sangre contaba yo la de los incautos y sencillos indios; aquellos que forman la masa de los pueblos de nuestras provincias, aquellos que dedicados a las labores del campo, al corte de maderas, y leña, a hacer el carbón, a cultivar las huertas y hortalizas, y a surtir a las villas y ciudades de víveres y bastimentos, sólo han pensado hasta ahora en obedecer a sus curas, y gobernadores, respetando con el más profundo acatamiento los nombres de la religión y del rey. Estos pues contentos con su suerte, alegres en su trabajo, sin ambición, sin soberbia, sin envidia vivían bajo de sus jacales con sus consortes e hijos, cultivando por sí mismos en los ratos desocupados sus pegujalitos de maíz, frijol, chile, haba, alverjón, etcétera, criando sus cerdos, pavos y gallinas, y muchos sus vacas, sus ovejas, sus burros, mulas y aún caballos; mientras que las mujeres hilaban el algodón y la lana y teñían sus mantas, paños y ceñidores.

Acer.— ¡Qué pintura vas haciendo tan bonita! Paréceme que retratas una familia del siglo de oro.

Fil.— ¿Pero es exacta?

Acer.— Sí; el que haya visitado los pueblos de indios con ojos filósofos, no puede menos de convenir en que es así.

Mor.— Bueno va; pero nada dicen ustedes de sus borracheras y otros vicios, en que son extremados.

Fil.— Os responderé a eso luego que concluya mi primera reflexión. ¿Veis ese estado tranquilo en que vivían los indios de Dolores, San Miguel y demás pueblos de la

Tierradentro? Pues ¿quién pudo sacarlos de él sino la sugestión del cura Hidalgo? Y ved aquí el primer capítulo de su disculpa. Fueron seducidos, y engañados. ¿Y por quién? Por un sacerdote, por un párroco, de cuya boca y doctrina estaban ellos siempre colgados, y a quienes escuchan y obedecen como a ángeles del cielo. ¿Y con qué pretextos los sedujo? Los más santos y obligantes para los indios: el rey, y la religión. *Viva Fernando VII*, les dijo, y *viva María santísima de GUADALUPE*, la patrona de la Nueva España. A estos nombres no fue el delito, sino la lealtad y la piedad las que obraron en el corazón sencillo de esos infelices. *Quieren entregar* (les añadía el perverso seductor) *este reino que es de Fernando, a unos herejes y entonces se acabarán las iglesias, y la imagen de Guadalupe será quemada*. ¿Y quiénes (preguntaban los indios), quiénes son esos traidores? Los mismos españoles (respondía el astuto cura) esos blancos, esos que tienen las tiendas y las haciendas, esos que os han usurpado vuestras tierras, vuestros montes, y vuestras aguas, mueran pues; y viva el rey FERNANDO y la Virgen de GUADALUPE. ¿Puede discurrirse modo ni más eficaz, ni más diabólico para sublevar y alarmar unas gentes tan sencillas como fieles y religiosas? Conozcamos al hombre, sus pasiones, los resortes que las ponen en movimiento; y confesaremos que cuanto más atroz, infernal, y digno de enormes castigos es el delito de Hidalgo, tanto son disculpables los indios rudos e incautos, que le han seguido.

Mor.— ¿Conque tendremos que darles las gracias por las muchas que han hecho?

Fil.— No tanto. Yo no pienso absolverlos de toda culpa, especialmente a los que entre ellos han hecho de ministros y emisarios de Hidalgo, y a los que teniendo más despejado talento, pudieron conocer de luego a luego, la malicia del proyecto, y lo pecaminoso de los medios que se iban poniendo en práctica. Mi intento es aminorar su culpa con respecto a la enormidad de la de otros.

Mor.— ¿Qué otros?

Fil.— En primer lugar los pocos españoles americanos, satélites de Hidalgo, en cuyos pechos hervía la misma sangre que iban a derramar, y que se hicieron jefes de la revolución: Allende, Aldama, Abasolo, Villagrán, Iriarte, Rubalcaba, y otros cuyo juicio está pendiente, y no podemos prevenir. En segundo lugar, esa gente media entre españoles e indios, a quienes estos llaman en sus pueblos *gentes de razón*, que por lo común son los tiranos de los indios, de quien se creen superiores; los que los inquietan alguna vez, les sugieren y fomentan pleitos, y cuya sustancia y la que sacan aquellos infelices de los españoles ricos y hacendados, se chupan ellos como verdaderos zánganos. De estos hay muchos en los pueblos grandes de Tierradentro, hombres ociosos y viciosos, con más ignorancia que los indios y mucha menos docilidad; y éstos eran como los guardias reales, o tropa escogida del insurgente Hidalgo.

Acer.— Conque tres clases de gentes componían el ejército de los insurgentes: cabecillas, y oficialidad, que por lo general eran o se tenían por españoles: coyotes, mulatos, y otras castas revueltas, y los indios.

Fil.— Así es. Los primeros son como la vigésima parte del todo; los segundos como la tercera parte, y el resto lo forma la indiada.

Mor.— Pues bien digo yo: son los peores los indios, y es necesario acabar con todos.

Fil.— Ahora me confirmo, señor Morós, en que o no tenéis una gota, o es muy poca la sangre española que circula por vuestras venas.

Mor.— ¿Cómo y por qué me decís una cosa tan injuriosa?

Fil.— Porque vuestro modo de pensar así lo da a entender. No hay quien más ame y compadezca a los indios que los españoles puros y nadie los aborrece y maltrata más que

aquellos, que o tienen parte de su sangre, o la tienen revuelta con otra que no es de españoles ni de indios.

Acer.— Es experiencia constante en América: no hay duda en eso.

Fil.— ¿Y qué haríais vos, nosotros, todo el reino y el rey de España con acabar, como queréis, con todos los indios? ¿Ignoráis que ellos forman la mayor parte de la población, que son los más útiles y necesarios, que los reyes católicos conquistaron estas provincias para conservar a los indios, y no para destruirlos?

Mor.— Pero, señor, si están ya alzados por esos pueblos, y no se puede hacer carrera con ellos, ¿qué remedio?

Fil.— No es lo mismo alzados, que inquietados. Después que el malvado Hidalgo sembró entre ellos las especies, de que ya hablé; cuando a los primeros pasos vio la debilidad de sus fuerzas, y comenzó a sentir la heroica resistencia de los buenos patricios, inventó otro diabólico artificio, esparciendo entre los indios, *que los españoles se habían conjurado contra ellos, y que iban a sus pueblos a matarlos*. A esta noticia se conmovieron pueblos que antes estaban tranquilos, huyendo a los montes, y se unieron más para defenderse contra los invasores que Hidalgo les supuso, que para ofender ni cooperar a las pésimas ideas de aquel impostor.

Acer.— Es muy cierto. Al mismo tiempo que nuestras tropas iban por la parte de Querétaro a sosegar el primer alboroto, Hidalgo extendió la voz hacia Toluca, Tenancingo y Cuernavaca de que los *blancos* iban a destruir a los indios; y era fácil persuadirlos cuando los infelices, que no tenían capacidad para comprender las ideas tortuosas del traidor, veían con sus ojos nuestros soldados armados, y oían hablar de nuestros preparativos militares por todas partes.

Fil.— ¿Qué remedio, decís, señor Morós? Pues qué ¿no halláis otro que matar y

destruir? El gobierno tan activo como sabio y dulce ha encontrado otros, y los va poniendo en práctica. El desengaño, la persuasión, y una paciencia y espera prudentes, unidos a la actividad, energía y vigilancia. ¿Queréis que yo os indique otro muy eficaz y muy conforme al carácter de los indios, y al de los que lo han de poner en práctica?

Mor.— Decid.

Fil.— Salgan religiosos escogidos de todos los conventos, y con las armas de sus primeros fundadores en este reino, que son la palabra y la pobreza, la humildad y celo evangélico, busquen a los indios, habientes, explíquenles las tramoyas y embustes del cura Hidalgo; háganles presentes las paternales providencias del gobierno español, y redúzcanlos otra vez a sus pueblos, al seno de sus familias, a sus honestas labores; y sólo podrá dudar de la eficacia de este remedio el que no tenga ni la más leve noción del carácter de los indios.

Acer.— Sobre eso me ocurre una reflexión, querido Filopatro: no me opongo, antes apruebo tu pensamiento; pero advierte que los indios otomíes, y los de estos pueblos inquietos no son tan dóciles como los que tú has tratado, mexicanos y tlaxcaltecas: son gente grosera y brava.

Fil.— Eso quiere decir que costará algún trabajo más. Y ahora te haré yo otra reflexión. ¿No adviertes, amigo Aceraio, que los pueblos más bien instruidos, como son los de las diócesis de México y Puebla, han sido ahora, no sólo los más quietos, sino el ejemplo de la fidelidad y del honor?

Acer.— Ya, ya había yo notado eso. Los indios honrados de México, los tlaxcaltecas nobles, los poblanos valientes, los de Atlixco, Huaquichula, Izúcar, Huejotzingo, Tepeaca, Tehuacan, jalapa, Orizaba y Córdoba... las lágrimas se me caen de gozo al nombrarlos.

Fil.— Desengáñate, amigo. Un imperio fundado en ignorancia, en grosería de costumbres, en servidumbre y despotismo, está en el aire. Entonces puede asegurarse de su perpetuidad cuando la religión, las ciencias, las artes, la verdadera libertad, y el paternal y liberal gobierno son los cimientos sobre que se apoya. El imperio español se fundó en Europa así; pero el tiempo había minado el edificio. También el de la América española se fundó con la misma solidez; y también ha padecido. Mas gracias al cielo llegó el día de la reparación y hermosura de ambos edificios. Las cortes ¡ah! allá están ya en junta los arquitectos de nuestra felicidad.

DECIMOQUINTO

Filopatro, Aceraio y Morós

Acer.— Gracias a Dios, querido Filopatro, porque hemos salido del fatal año de 810, quizás será más feliz y tranquilo el de 811.

Mor.— Quisiera ser profeta para conocer desde ahora lo que ha de suceder en este año nuevo.

Fil.— ¡Curiosidad vana! ¡Deseo pueril! Obrad siempre bien, temiendo a Dios, guardando su ley y cumpliendo con las obligaciones de buen ciudadano, y creed que el año será para vos el mejor de vuestra vida.

Acer.— Y si cada uno de nuestros domésticos, de nuestros vecinos y de nuestros paisanos hace lo mismo, ve ahí un año excelente para todos.

Mor.— Sí; pero como está el mundo tan revuelto por todas partes, y en este siglo hemos visto cada año cosas extraordinarias, es de esperar que el presente no sea menos fecundo de sucesos raros; y quisiera yo verlos, como los profetas veían las cosas futuras antes que sucediesen.

Acer.— Tan claro no es posible; y ha dicho bien Filopatro, que esos son vanos deseos. Lo que sí podía hacerse con anticipación era un pronóstico, como los que hacen los médicos, y astrólogos.

Mor.— En efecto, señor Filopatro, díganos usted algo.

Fil.— Hay mucha diferencia entre pronosticar como médico, y pronosticar como astrólogo. La medicina ve algo, aunque poco; la astrología nada. Y ésta sueña, cuando aquélla conjetura.

Mor.— Pues conjeture usted.

Acer.— ¿Y qué? ¿Todo lo que pronostican los físicos sobre lunaciones, y eclipses en el cielo, y sobre cosechas y lluvias en la tierra, son sueños?

Fil.— No equivoques, amigo, la astronomía con la astrología *judiciaria*. La primera es una ciencia matemática, que tiene principios infalibles, y que saca consecuencias ciertas. No es ésta la que yo llamé ciega y soñadora. La astrología *judiciaria* es aquella pedante y supersticiosa charlatanería, que reinó algunos siglos, pero que ya se halla desterrada de los pueblos cultos. Ya no hay quien pronostique las guerras, ni las muertes de los príncipes por la cola de los cometas; ni los sucesos y fortunas de los hombres por los grados de *ascendencia* ó *descendencia* de los planetas, que dominaban en sus nacimientos. Y lo mejor es que no hay ya vulgo tan ignorante, que crea tales patrañas.

Acer.— Lo entiendo así. Pero vamos al negocio. Como médico político, ¿no nos dirás alguna cosa?

Fil.— En otra ocasión¹ dije a Morós que yo no era médico de nuestro cuerpo político, porque no tenía facultad para curarlo. Mas soy un apasionado a la medicina, y un

¹ Diálogo sexto.

verdadero amigo del enfermo. Y como tal diré lo que alcanzo, y deseo. Estadme atentos. Entró la peste en nuestros pueblos a pesar de las precauciones más activas del gobierno, y de los sentimientos de los buenos. El *pus* gálico-napoleónico ha tiempo que había venido en papeles; pero como llegó desvirtuado, hizo poco y débil efecto. También vinieron algunos emisarios apestados, que preparaban insensible y cautelosamente el contagio, indisponiendo con sus miasmas los humores diversos de este cuerpo; mas como no se atrevían a inocular *de brazo a brazo*, no lograron la erupción completa. Llegó por fin por la parte del norte a los pueblos de Tierradentro el francés Dalmivar; y muy a su sabor inoculó al cura Hidalgo. Este propagó la infernal viruela en Allende, Aldama, Abasolo y otros; y de estos se comunicó la peste a una multitud de incautos e infelices.

Acer.— Va bueno. Vas haciendo relación de la enfermedad como médico de cabecera.

Fil.— Los primeros progresos del mal no pudieron atajarse; todos los síntomas parecían mortales, cuando se apareció en Veracruz un excelente médico, destinado por la providencia para nuestra salud. Su primer cuidado fue libertar la cabeza del enfermo; y por fortuna era esta parte la más robusta del cuerpo, la más sana y bien organizada; y fortalecida más con el arte, dio desde luego al médico las más lisonjeras esperanzas de perfecta sanidad. Hizo el mal su tentativa de apoderarse de la cabeza, pero los practicantes que traía el facultativo eran diestros, y con los febrífugos excelentes, que aquí había, se impidió maravillosamente que la ocupasen las viruelas confluentes, y en poco tiempo fueron rechazadas hacia partes menos nobles. En seguida se les ha ido atacando doquiera que han aparecido, y desalojándolas de los lugares que habían ocupado con más furor y tenacidad. Al fin el mal está sólo en las piernas; la cabeza siempre firme y despejada, el pecho libre, la respiración natural, el estómago fuerte. ¿No es este hoy el estado de nuestro

enfermo?

Acer.— Aunque alegórico, te has explicado con exactitud y nadie puede dudar de la verdad de tu relación.

Mor.— Yo soy un topo, y apuesto a que lo he comprendido todo. El *médico* es el señor virrey Venegas; la *cabeza* del enfermo es la capital México, exenta de viruelas de insurrección gálica; los *practicantes* son los peritos y esforzados comandantes de esta curación; y los *febrífugos* los valientes y leales soldados nuestros. ¿No es cierto?

Fil.— Así es. Y el *pecho, estómago* y demás partes nobles podéis entender que son, o los pueblos y ciudades infinitas y principales, a donde el contagio no ha llegado; o también Toluca, Huichapa, Guanajuato, Valladolid y otros lugares antes enfermos y ya convalecidos.

Mor.— ¿Y las piernas de este cuerpo?

Acer.— Eso está claro. Guadalajara y otras poblaciones lejanas, a donde se han retirado las viruelas.

Fil.— Pues ahora entra mi pronóstico, para el año nuevo y sobre el mal y nuestros enfermos. Lo que más aflige y confunde a un médico y lo que más impide la curación de un enfermo es no conocer bien la enfermedad, ni la complejión y fuerzas del paciente. Por fortuna tenemos ya conocido que el mal de Hidalgo y compañía es gálico-napoleónico. Ved aquí lo bastante para pronosticar que no cundirá en pechos españoles ilustrados. Tenemos además conocida la complejión, vicios costumbres y fuerzas de esos enfermos. Y ya con una casi seguridad podemos anunciar que no resistirán a los febrífugos, que se les arrimen; y por consiguiente que en todo el año presente quedara el hermoso cuerpo de la Nueva España libre, y limpio de toda lepra.

Mor.— ¿Y las manchas y señales de las viruelas?

Fil.— En primer lugar: para esas manchas hay buenos jabones y elixires en nuestra botica. Hay jabón de arrepentimiento para unos, con que se borra la mancha. Para otros hay otro jabón más fuerte que arrancando el pellejo infecto, cría después allí mismo un cutis hermoso. Hay para costras y excrecencias feas otro jabón de piedra infernal. Y por último para llagas pútridas y tenaces hay hierro y fuego, con que se cauterizan lindamente y queda el cuerpo todo bellísimo. En segundo lugar: como esas manchas por fortuna; mejor diremos, por gracia de Dios, no han caído sobre la cabeza y rostro, no afean; y puede presentarse el reino con su cara descubierta delante de todo el mundo. Pues si fuésemos a registrar loa lunares, manchas y defectos, que en partes menos principales y ocultas tienen las más hermosas damas, pocas o ningunas hallaríamos sin tacha.

Acer.— También eso está alegórico; acláralo.

Fil.— No hay inconveniente. La Nueva España ha sido hasta aquí entre las provincias del imperio español una de las más bellas, nobles y apuestas damas por su virtud e hidalguía. México es su cabeza y rostro: los demás pueblos sus miembros. Por un lado no más de estos ha sido manchada; mas la mayor parte, en que se cuentan poblaciones inmensas y principalísimas, y sobre todo la capital, se ha mantenido siempre sana, brillante y hermosa por su acendrada fidelidad. Ved pues cómo continuará este reino presentando su rostro inmaculado a los ojos de todas las naciones del universo.

Mor.— Sin embargo no sé yo cómo lavarán los mexicanos esta mancha de la insurrección, quiero decir: los españoles de acá. Me parece que sufriremos los mayores desaires del gobierno soberano; y que si hasta aquí nos habían tenido en la península alguna consideración, en lo sucesivo nos tratarán con desconfianza.

Fil.— Cerrad el labio, hombre blasfemo. ¡Cómo se conoce que no tenéis un adarme de juicio cuando concebís tales torpezas!

Mor.— Poco a poco. Yo no he inventado eso: lo he oído a varias personas.

Fil.— Pues no tenéis vergüenza, ni sentimiento alguno de honor cuando las escuchasteis serenamente a quien las produjo. Quien así se haya explicado es, Morós, de vuestra parentela; o emisario sin duda alguna de Napoleón.

Mor.— Yo bien conocí que no tenía razón el que lo dijo, pero no tanto como creerle emisario.

Fil.— Sois muy corto en vuestros alcances: no lo extraño. Pero sabed para vuestro gobierno que en México, y por todo el reino hay muchos enviados de los traidores de España para turbar nuestra tranquilidad, y conseguir con la desunión de afectos lo que ya habían comenzado a lograr con la revolución de Hidalgo. No les ha salido cabal la cuenta; y como tan astutos, tiran ahora por otro lado, y tocan esa tecla que habéis señalado.

Acer.— ¿Y qué idea pueden llevar en eso?

Fil.— También tú eres cándido. Yo te la explicaré.

Acer.— Te oigo con atención e interés sumo.

Fil.— Que hay *emisarios muchos y de diversas formas* ya nos lo anunció la gaceta de la regencia antes que aquí reventase la mina; que esta debía reventar en *toda el año próximo pasado*, lo publicaron los cortesanos del rey intruso en Madrid, desde el mes de mayo; que habían de venir a fomentar la rivalidad de unos y otros españoles, europeos americanos, también lo dicen las gacetas de España. Estos anuncios los hemos visto confirmados por una tristísima y desagradable experiencia. ¿Cuánto tiempo ha que estamos oyendo chismes de unos contra otros, escudándose, mejor diré: profanando el augusto y sagrado nombre de Fernando VII? Han conseguido turbarnos a todos; en Tierradentro adelantaron lo que hemos visto; en México y provincias orientales de este reino no han hecho fruto sus intrigas. Alarmaron esos malvados en la provincia de Michoacán a los

naturales del país contra los europeos. Pero la fidelidad americana ha sabido armarse contra sus paisanos revoltosos y sanguinarios y han defendido con su sangre las vidas, y haciendas de los mismos europeos. ¿Puede esto dudarse? Nuestras tropas ¿no son americanas? ¿No han hecho prodigios de valor y heroicidad? ¿No obedecen gustosas a sus jefes, sean europeos o americanos? El regimiento de las tres Villas, ¿no se batió en las Cruces a las órdenes del impávido andaluz Trujillo? ¿Y no le idolatran los soldados americanos? La formidable columna de granaderos, ¿no está tan alegre y contenta al mando del europeo Jalon, como el regimiento de la corona al del americano Iberri? En fin, por no cansaros, nuestros ejércitos, ¿no están gustosos bajo las órdenes de los generales Calleja y Cruz europeos? ¿Y estos contentísimos con nuestros soldados y oficiales americanos? ¿Pues qué restaba a la ira y cólera de los ocultos emisarios de Napoleón, sino sembrar ahora otras especies para disgustar a todos?

Acer.— En reflexionando un poco, se ven las cosas claras.

Fil.— Desengañaos, señor Morós, y desengañad al que os ha dicho esas boberías, que es el nombre más dulce que puedo darles. Ha habido americanos malos, pero muy pocos. Hay americanos buenos, que son innumerables. Los malos pagarán; los buenos serán siempre y en todas partes dignos de honor y alabanza, de gracias y de premios. Y sírvanos de consuelo que ni el jefe de este reino, ni el Consejo de Regencia, ni los respetables miembros de la augusta Asamblea de las Cortes, son de la familia de los *moroses* ni están aliados con la de los *bonapartes*.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602